

Otros Destinos

Revista Digital Monográfica de viajes

CAMINO DEL NORTE

Ribadeo
Rinlo
Pazo Tovar
Mondoñedo
Villalba

CAMINO INGLES

Ferrol
Pontedeume
Betanzos
Bruma
Sigüeiro

CAMINOS A SANTIAGO

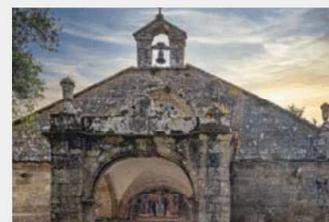
CAMINO DEL MAR

Vigo
Islas cies
Pedras Negras
Monte Louro
Muros
Noia
San Xusto





CAMINO DEL NORTE	14
PLAYA DE AS CATEDRAIS	18
MONDOÑEDO	30
VILLALBA	38
CAMINO INGLÉS	42
FERROL	46
PONTEDEUME	56
CAMINO DEL MAR	62
MUROS	70
NOIA	84
SANTIAGO DE COMPOSTELA	92



Editorial director: Texto y fotografía: Guillermo Cachero Torrijos 85.3.2.- 08302 Mataró- Barcelona.-Tel. 0034-93.757.32.12.

Para consultas editoriales, información sobre la revista y publicidad por favor dirigirse a: info@revistaotrosdestinos.com

© Otros Destinos Prohibida la reproducción total o parcial de textos y fotografías. Sin permiso del autor.

EDITORIAL

El Camino de Santiago: Un Viaje de Historia, Naturaleza y Encuentro

El Camino de Santiago es mucho más que una ruta de peregrinación. **A lo largo de los siglos, miles de caminantes han recorrido sus senderos con distintos propósitos:** algunos en busca de redención, otros con la esperanza de que el Apóstol conceda sus peticiones. **Sin embargo, para muchos, el Camino es una experiencia distinta, un viaje de conexión con la naturaleza, con la historia de los pueblos y con las almas que lo recorren.**

Cada pueblo, cada río, cada llanura es una puerta abierta a la historia, **un testimonio de quienes lo habitaron y lo dejaron marcado con su huella.** No hay prisa en el Camino, solo la certeza de que cada paso es un aprendizaje, una oportunidad de descubrir las raíces de la tierra y de escuchar las voces del pasado. **En cada aldea, en cada iglesia y en cada rincón perdido en el sendero, el peregrino encuentra vestigios de siglos de vida, de esfuerzo y de fe.**

Pero **el Camino no se camina solo.** Es en la conversación con otros peregrinos donde se entreteje la verdadera esencia de esta ruta. **En los encuentros fortuitos, en las historias compartidas bajo el cielo abierto, en las despedidas que quizás nunca se repitan, el viajero descubre que el verdadero destino no es Santiago, sino el viaje mismo.**

No importa desde dónde se inicie ni cuántos kilómetros se recorran. **Lo único necesario es la disposición de caminar sin prisa, sin ataduras de tiempo, con el alma abierta a la experiencia.** Porque **el Camino de Santiago no es solo una senda trazada en los mapas, sino un espacio donde convergen la historia, la naturaleza y la humanidad.**

Cada paso deja una huella, **no solo en la tierra, sino en el espíritu de quien lo recorre.** Y esa, quizá, sea la verdadera esencia del Camino.





Camino de Santiago: Unión y Sendero de Europa

En 1993, el Camino de Santiago fue declarado **Patrimonio de la Humanidad** por la UNESCO, un reconocimiento que resalta su relevancia histórica, cultural y espiritual. Hacer el Camino no es solo un viaje físico, sino también un recorrido interior. Cada paso se convierte en una oportunidad de introspección, donde el andar pausado y el contacto con la naturaleza invitan a un diálogo profundo con uno mismo. Aunque para algunos la meta es la majestuosa **Catedral de Santiago de Compostela**, símbolo de fe y devoción, para otros el Camino se convierte en una experiencia personal sin necesidad de un objetivo religioso.

El Camino de Santiago es una **metáfora de la vida**, donde el trayecto resulta tan o más importante que el destino. Sus rutas atraviesan pueblos de gran be-

lleza, muchos de los cuales guardan siglos de historia en sus calles, iglesias y monumentos. Estos lugares no solo enriquecen al peregrino con su arte y arquitectura, sino también con la calidez de sus habitantes, convirtiendo el recorrido en una vivencia profundamente cultural.

Orígenes de los Caminos de Fe

Antes del Camino de Santiago, existieron otros senderos de peregrinación cargados de simbolismo religioso. El más antiguo de todos es el de **Jerusalén**. En el siglo IV, **Santa Elena**, madre del emperador romano Constantino, viajó a Tierra Santa con el propósito de encontrar la cruz en la que Cristo fue crucificado. Su travesía, una de las primeras peregrinaciones documentadas, abrió el camino para muchos otros devotos, como **Egeria**, una aventurera gallega



que en el mismo siglo recorrió los lugares bíblicos, dejando un detallado relato en su libro de viajes.

Este **espíritu de aventura y devoción** se extendió por Europa, y así nacieron diversas rutas sagradas. Los caminantes que regresaban de Jerusalén eran conocidos como "**Palmeros**", por la palma que traían consigo como señal de su viaje. Aquellos que peregrinaban a Roma fueron llamados "**rome-ros**", mientras que los que se dirigían a Santiago de Compostela adoptaron el nombre de "**peregrinos**", con la **vieira** como símbolo de su travesía.

El Camino de Santiago: Historia y Evolución

El origen del Camino de Santiago se remonta al descubrimiento de las supuestas reliquias del apóstol **Santiago el Mayor**, a principios del siglo IX. El rey **Alfonso II el Casto** fue el primer monarca en emprender la peregrinación, partiendo des-

de Oviedo para venerar la tumba recién hallada, dando así lugar al **Camino Primitivo**, que aún hoy es recorrido por aquellos que desean seguir sus pasos hasta la sepultura del Santo.

Con el paso del tiempo, el Camino de Santiago se consolidó como una de las rutas de peregrinación más importantes de la cristiandad. En el siglo XI, reyes y nobles fomentaron su desarrollo, construyendo **puentes, hospitales y albergues** para facilitar el paso de los peregrinos. Así nació el **Camino Francés**, que sigue siendo la ruta más transitada hasta hoy.

El reconocimiento papal, a través de la **Bula Regís Aeterni**, concedida por el Papa Alejandro III en 1179, estableció los **Años Santos Compostelanos**, permitiendo a los peregrinos obtener la **indulgencia plenaria**.



Horreos

Esto atrajo a miles de caminantes de toda Europa, consolidando al Camino de Santiago como la **ruta de peregrinación más importante de los siglos XII y XIII**, superando incluso a Roma en frecuencia de años jubilaes.

El Camino en la Actualidad: Más que un Viaje de Fe

Hoy en día, el Camino de Santiago trasciende su origen religioso. Aunque para muchos sigue siendo una experiencia de fe, cada vez son más quienes lo emprenden como un medio para desconectar del estrés cotidiano y reencontrarse consigo mismos. En sus senderos, el peregrino encuentra un espacio para la reflexión, el caminar pausado y la experimentación de una vida más simple y auténtica.

A lo largo del recorrido, los paisajes se convierten en aliados del alma: montañas que desafían, ríos que susurran, valles que acogen y playas que invitan a la contemplación. El sonido del viento entre los árboles, el aroma de la tierra mojada y la belleza natural de los senderos generan una conexión profunda con la naturaleza. A esto se suma la riqueza cultural de los pueblos y las historias compartidas con otros caminantes, convirtiendo la travesía en una exploración tanto exterior como interior.

El Camino puede recorrerse de muchas formas: a pie, en bicicleta o incluso en coche. Sin embargo, quienes lo hacen andando experimentan su auténtica esencia, sintiendo cada paso como una meditación en movimiento.



Las Órdenes Religiosas en el Camino de Santiago

Desde los remotos días de la Edad Media, cuando **el eco de las cruzadas resonaba en los reinos cristianos**, las órdenes religiosas desempeñaron un papel **clave en la protección y asistencia de los peregrinos que emprendían el arduo camino hacia Santiago de Compostela**. Al igual que resguardaban a quienes peregrinaban a Jerusalén, **los caballeros templarios tejieron un lazo entre dos destinos sagrados: Tierra Santa y Compostela**. En 1128, comenzaron a recibir donaciones en los confines de los reinos cristianos con la misión de salvaguardar a los viajeros que cruzaban Europa para rendir tributo al Apóstol.

A lo largo de los caminos que conectaban el norte de Europa con Compostela, **bajo la tutela de los templarios**, surgieron puentes y rutas que no solo facilitaban la travesía, sino que también ofrecían refugios seguros para los peregrinos. Sin embargo, **su labor no se limitaba únicamente a la protección armada**. En una época de constantes peligros, **la Orden del Temple implementó un sistema financiero innovador**: los peregrinos podían depositar en un monasterio templario de su lugar de origen el dinero necesario para su travesía y, a lo largo del camino, retirar las cantidades precisas en otras fortalezas templarias. Este mecanismo rudimentario pero eficaz se asemeja a los modernos sistemas bancarios.



Es un error suponer que los peregrinos de aquel tiempo eran en su mayoría mendigos o campesinos. Muchos pertenecían a la nobleza y, aunque su vestimenta modesta de esclavina y bordón pudiera disimular su estatus, su protección era esencial. **Mientras que los mendigos,** sin bienes que ofrecer, no eran blanco preferido de los asaltantes, **los nobles requerían resguardo tanto para sus vidas como para los recursos que llevaban consigo.**

En este contexto, conocer las "casas" templarias a lo largo del camino era crucial. Para ello, los templarios idearon un curioso recurso: el **Juego de la Oca.** Lo que hoy es un pasatiempo infantil, tuvo en su origen una función esencial para los peregrinos medievales: servía como un mapa gráfico que indi-

caba monasterios, puentes, iglesias y refugios seguros a lo largo de la ruta hacia Santiago. De forma visual, aquellos que no sabían leer podían identificar los puntos clave de la travesía.

¿Por qué la oca? Desde tiempos de Carlomagno, la cría de estas aves estaba reservada a la nobleza, y un grupo de ellas simbolizaba la pertenencia a una familia aristocrática. En el juego, la oca representaba un emblema de seguridad: donde aparecía, el peregrino encontraba protección. Aún hoy, en **iglesias a lo largo del Camino de Santiago, pueden observarse tallas en piedra con forma de pata de oca,** inscritas por antiguos canteros para marcar estos puntos de resguardo.

Un testimonio vivo de esta conexión se encuentra en **Puente la Reina,** una localidad navarra donde

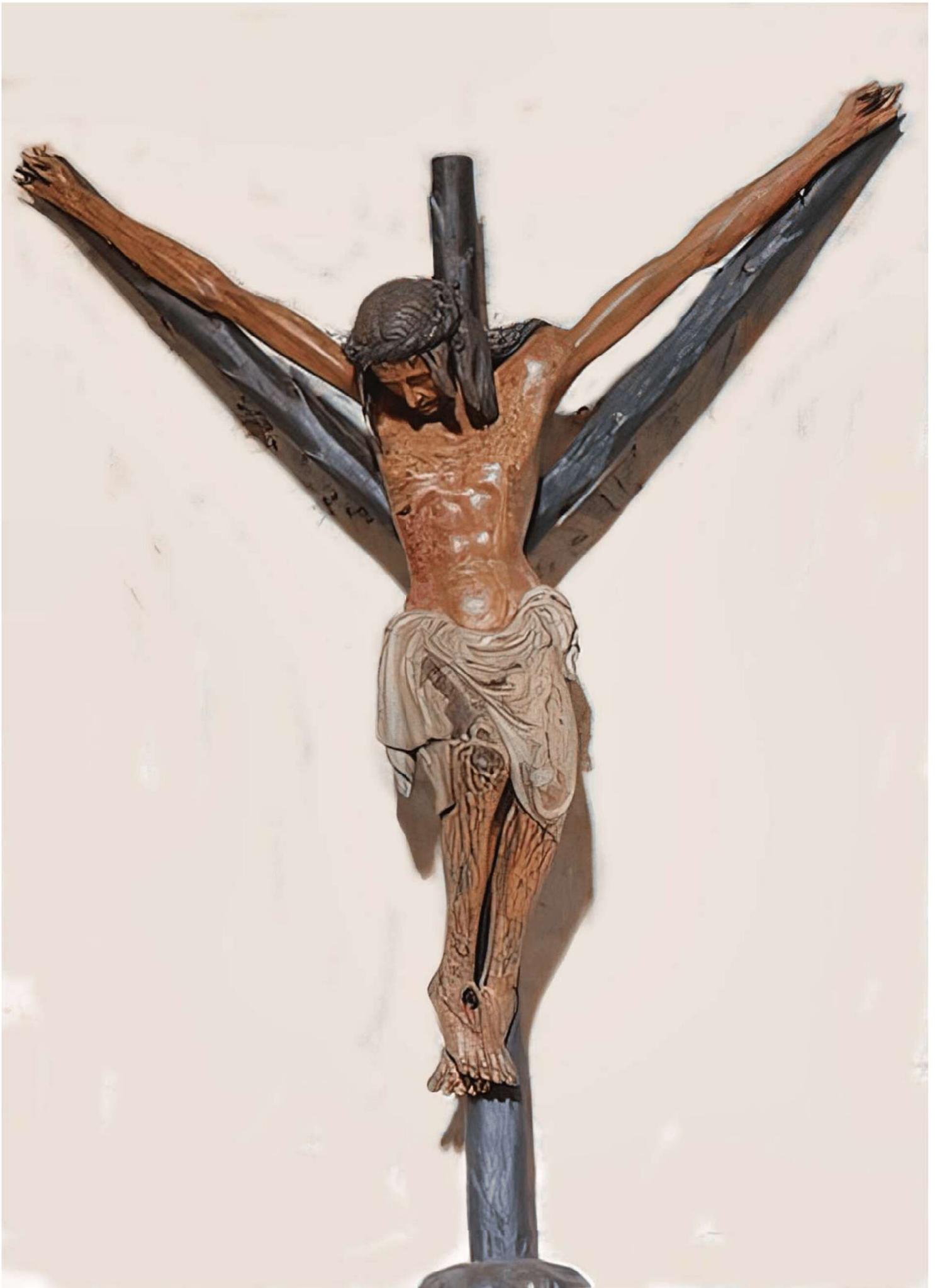


IMAGEN DEL CRISTO EN LA IGLESIA DEL CRUCIFIJO EN PUENTE DE LA REINA



el majestuoso puente románico sobre el río Arga recibe su nombre del término francés "Orsa", que significa "oca". En esta misma villa, **la Iglesia del Crucifijo conserva un detalle peculiar: los soportes de la imagen de Cristo están tallados en forma de patas de oca**, perpetuando el símbolo de resguardo y orientación que acompañaba a los peregrinos.

Así, el **Juego de la Oca** no es solo un entretenimiento, sino un vínculo tangible entre la Orden del Temple, el Císter y el Camino de Santiago. Esta red de signos y símbolos guiaba a los caminantes por diversas rutas jacobeanas: el **Camino Francés**, el **Camino Portugués**, la **Vía de la Plata**, el **Camino del Norte**, el **Camino Inglés** y hasta el **Camino de Fisterra**. En fortalezas, iglesias y capillas de estas sendas aún perduran huellas de aquel

juego medieval, recordándonos la compleja y admirable red de protección que las órdenes religiosas tejieron para los peregrinos de antaño.

La Orden de San Juan de Malta: Guardianes del Camino de Santiago

Una de las órdenes religiosas más relevantes en la protección de los peregrinos fue, sin duda, **la Orden de San Juan de Malta**. De carácter tanto **militar como hospitalario**, desempeñó un papel crucial no solo en la defensa de los viajeros, sino también en **la consolidación del Camino de Santiago a lo largo de la Edad Media y la Edad Moderna**. Su misión fue esencial en la protección de los peregrinos y en la construcción de hospitales, así como en la fortificación de esta emblemática ruta jacobea.



© Otros Destinos

Desde su fundación en el siglo XI en Jerusalén, la Orden se dedicó a proteger a los peregrinos que recorrían rutas peligrosas, incluidas las que conformaban el Camino de Santiago. Con la desaparición de los templarios en el siglo XIV, la Orden de San Juan heredó sus bienes y poder, expandiendo su influencia por toda Europa, con especial relevancia en España.

A partir de 1126, cuando Alfonso VII donó Atapuerca, la Orden estableció encomiendas y hospitales en puntos estratégicos del Camino, como Cizur Menor, Puente la Reina y diversas localidades de Castilla. En Galicia, la encomienda de San Juan de Portomarín se destacó por su influencia y control sobre el paso del río Miño.

Más allá de su faceta defensiva, la Orden también construyó una extensa red hospitalaria que abarcaba más allá de sus encomiendas, asegurando que los peregrinos recibieran atención en puntos clave como Ostabat y Pie de Port. Gracias al apoyo de la nobleza, sus hospitales y capillas se mantuvieron en funcionamiento, consolidando su legado a lo largo de la ruta jacobea.

La Orden de Santiago: Protector de Peregrinos y Defensor de la Fe

Fundada en 1170 en el marco de la Reconquista, la Orden de Santiago surgió con un doble propósito: defender los territorios cristianos y proteger a los peregrinos que transitaban por el Camino de Santiago.



Orden de Santiago

Su misión, profundamente ligada a la figura de Santiago el Mayor, patrón de España, tenía como fin último garantizar la seguridad en la ruta que conducía al sepulcro del apóstol en Compostela.

Los caballeros de la Orden de Santiago no solo protegían a los peregrinos de los bandidos, sino que también **facilitaron su tránsito por las rutas más peligrosas**. Además, se encargaron de construir albergues, hospitales y fortalezas a lo largo del camino, fomentando el crecimiento de poblaciones y mejorando la infraestructura, como puentes y caminos, lo que hizo más accesible la ruta jacobea.

Sin embargo, **con el fin de la Reconquista en 1492, la función militar de la Orden perdió relevancia**, lo que llevó a su progresivo declive. Durante los siglos XVI y XVII, la Orden se centró en la administración de sus bienes, pero la creciente centralización del poder real redujo su influencia. **Finalmente, en el siglo XIX, las desamortiza-**

ciones impulsadas por los gobiernos liberales causaron la pérdida de la mayoría de sus propiedades, marcando el golpe definitivo a su poder e influencia.





Las Rutas del Camino: Un Viaje de Cultura y Espiritualidad

Aunque **no es necesario recorrer los 500 kilómetros completos**, el Camino de Santiago ofrece una **variedad de rutas**, cada una con su propia belleza y singularidad. La más conocida y transitada es el **Camino Francés**, famoso por su **rica tradición histórica y cultural**. También destacan otras rutas como el **Camino Portugués**, el **Camino del Norte**, el **Camino Inglés** y la **Vía de la Plata**, cada una con paisajes y experiencias únicas.





Torre de los Morenos

El Camino del Norte: Un Viaje de Belleza Salvaje y Serenidad

El Camino del Norte, también conocido como Camino de la Costa, es una de las rutas jacobeanas más impresionantes. Partiendo de Bayona y recorriendo la escarpada costa cantábrica, atraviesa ciudades emblemáticas como San Sebastián, Bilbao y Santander, antes de adentrarse en Galicia a través de Ribadeo. Con más de 800 kilómetros de recorrido, este camino es uno de los más antiguos y permite a los peregrinos revivir la ruta de Alfonso II el Casto, quien realizó la primera peregrinación desde Oviedo, dando origen a lo que hoy se conoce como el Camino Primitivo.

Nuestro recorrido comenzó en Ribadeo, un encantador punto de partida en Galicia, situado a 192 kilómetros de Santiago. Más que el destino, lo importante era el viaje: un recorrido para descubrir paisajes montañosos, playas de ensueño y pueblos que conservan la esencia del pasado.

A orillas de la Ría de Eo, Ribadeo cautiva al visitante desde el primer instante. Al cruzar el Puente de los Santos, se percibe la grandeza de un camino lleno de historia y leyendas. Su casco urbano, de gran belleza, alberga edificios singulares, entre los que destaca la Torre de los Morenos, una joya arquitectónica encargada en 1915 por Pedro Juan Moreno y Ulloa, un emigrante conocido como indiano. Esta edificación, testimonio del esplendor de la emigración a América, está catalogada desde 1997 como Bien de Interés Cultural dentro del patrimonio histórico de España.



El Convento de Santa Clara: Historia de Fe y Resiliencia

Otra de sus joyas arquitectónicas es el Convento de Santa Clara que hunde sus raíces en el siglo XI, cuando surgió como un modesto beaterio. No fue hasta el siglo XIV cuando se convirtió en un monasterio, consolidando su papel en la vida religiosa de la región. Aún hoy, en su entrada, se conserva la inscripción latina *“Haec est domus paupertatis”* (*“Esta es la casa de la pobreza”*), una frase que Santa Clara ordenó grabar en todos sus monasterios, reflejando el espíritu de humildad de la orden.

Uno de los elementos más singulares del conjunto es su torre de planta cuadrada, con un doble arco de medio punto y coronada por una espadaña. El claustro principal, construido en el siglo XVIII, convive con estructuras más antiguas, algunas de las cuales datan del siglo XV. Sin embargo, la historia del convento está marcada por el infortunio y la resistencia: en el siglo XVI, un incendio devas-

tó parte del edificio, obligando a su reconstrucción.

A principios del siglo XIX, durante la invasión napoleónica, el convento fue ocupado por las tropas francesas, como sucedió en muchas otras localidades españolas. Las monjas fueron expulsadas y el edificio sufrió graves destrozos. No solo se vio semidestruido, sino que también perdió una parte invaluable de su archivo histórico. No fue un caso aislado: a lo largo de la Guerra de Independencia, innumerables obras de arte y documentos eclesiásticos fueron destruidos por los invasores, infligiendo un daño irreparable al patrimonio cultural del país.

Entre 1810 y 1812, el convento se transformó en hospital militar y, posteriormente, en albergue para enfermos transeúntes. Pese a los embates de la historia, el edificio ha logrado sobrevivir, testigo de siglos de devoción, tragedia y resistencia.



La Capilla de la Atalaya: Historia, Fe y Panorámicas Inolvidables

La Capilla de la Atalaya, en Ribadeo, es uno de los templos más antiguos de la localidad. Fue construida en el siglo XII por Fernando II sobre los restos de las antiguas murallas y ha sido, desde entonces, testigo de la historia y la devoción de la villa. Ubicada en un promontorio con vistas a la ría, su posición privilegiada servía como punto de orientación nocturna para los navegantes medievales, que encontraban en sus antorchas una guía en la oscuridad.

A lo largo de los siglos, la capilla ha cumplido múltiples funciones. No solo fue un lugar de culto, sino también sede de reuniones gremiales y consejos abiertos, donde se debatían asuntos de interés para la comunidad. Ha experimentado varias reformas a lo largo del tiempo, pero aún conserva su puerta gótica del siglo XIV, decorada con un característico zig-zag y dos cabezas humanas en los extremos.

En su interior alberga tres retablos, destacando especialmente el retablo barroco, donde se venera la imagen de la Santísima Trinidad.

El exterior de la capilla es igualmente evocador. Dos cañones históricos recuerdan su pasado como baluarte defensivo, mientras que un escudo en piedra de Ribadeo y una esbelta espadaña coronan el conjunto, reforzando su carácter monumental.

Visitar este enclave es imprescindible, aunque la capilla se encuentre cerrada en el momento de la visita. Desde su ubicación se disfruta de una vista espléndida de la Ría de Eo, el imponente Puente de Todos los Santos y la localidad asturiana de Castropol, que se asoma majestuosa al otro lado del agua. Un rincón donde la historia, la fe y la belleza del paisaje se funden en una experiencia única.



Panoramica de Castropol desde Ribadeo

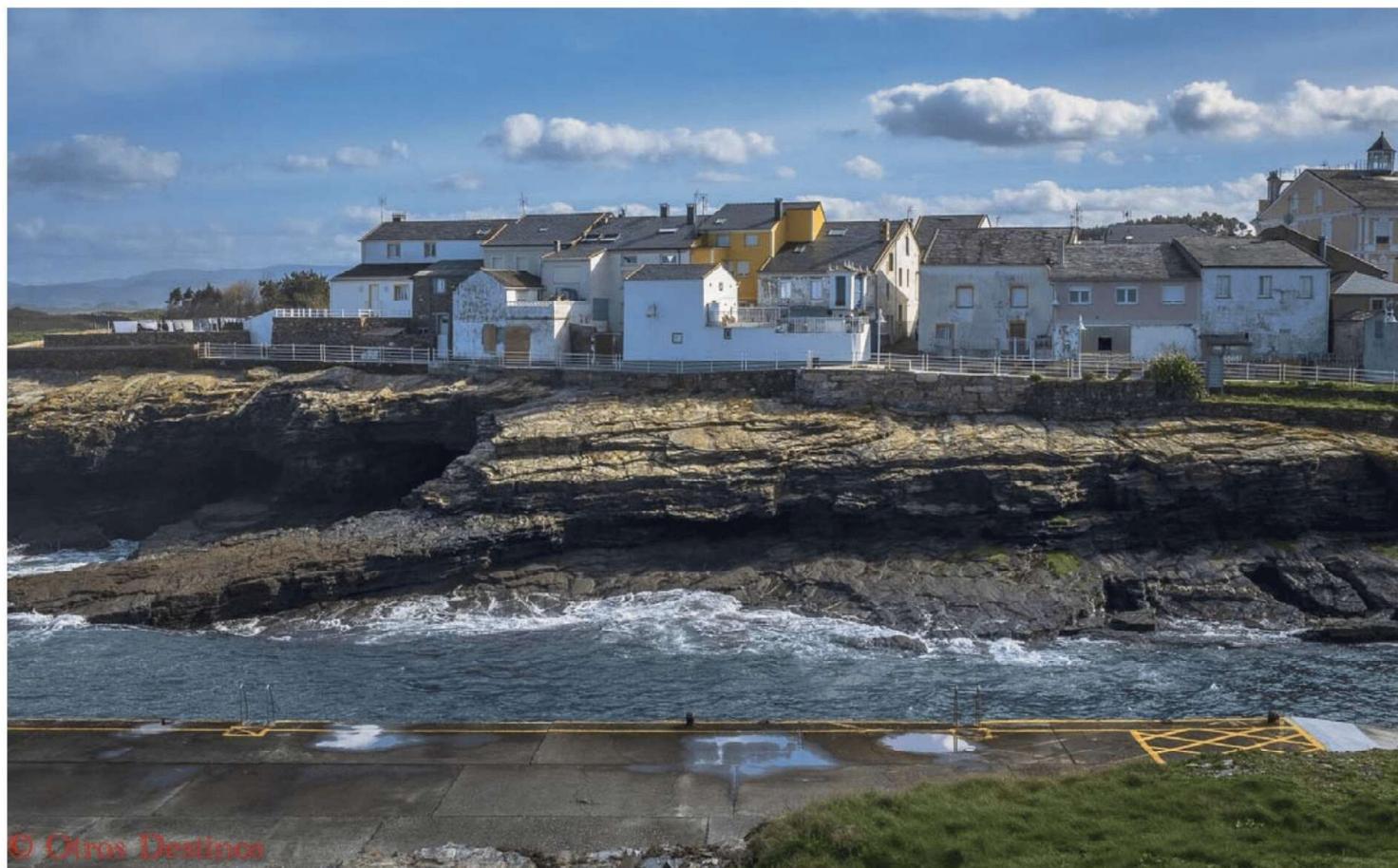


Puente de Todos los Santos



Playa de As Catedrais. Este lugar que deja sin palabras. Una maravilla natural esculpida por el viento y el mar a lo largo de milenios. Con la marea baja, el espectáculo es majestuoso: arcos gigantes de piedra, como catedrales talladas por las olas, que permiten al visitante caminar entre ellas, respirando el salitre y sintiendo la arena bajo los pies. Aquí, el Camino se vuelve introspectivo, un momento para detenerse, para ser testigos de la poderosa interacción entre la naturaleza y el tiempo.





Rinlo: Un Refugio de Tranquilidad y Sabores del Mar

Muy cerca, Rinlo es un pequeño puerto pesquero que parece haberse detenido en el tiempo. Sus casas adosadas, al borde de los acantilados, ofrecen una vista pintoresca, pero su verdadero tesoro reside en la gastronomía.

Merece una visita para saborear el famoso arroz caldoso con bogavante, reconocido en toda la región. Sentarse a degustarlo en uno de los restaurantes del puerto es una experiencia que supera todas las expectativas. Este manjar, cocinado siguiendo la tradición de las antiguas cetáceas naturales, donde antaño se criaban langostas y centollos en piscinas formadas por la roca, nos conecta con el mar, con su sabor salino y su frescura incomparable.

Rinlo, donde la gastronomía es su máxima atracción, celebra anualmente la Fiesta del Percebe, una oda al marisco gallego que atrae a visitantes de todas partes para disfrutar de este crustáceo en su mejor momento.

Con su tranquilidad y su inconfundible sabor a mar, Rinlo es una parada obligatoria en el Camino del Norte, independientemente de si el viajero se encuentra en ruta hacia Santiago de Compostela o simplemente busca una escapada auténtica. Su encanto reside en su gastronomía la atmósfera íntima de sus calles, en los muros desgastados por el salitre y en la calidez de su gente, que invita a regresar una y otra vez.





Monasterio de San Salvador de Lourenzá: Un Viaje a la Historia y la Espiritualidad

Después de un merecido descanso en el Parador de Ribadeo, una de las múltiples opciones de hospedaje que ofrece el Camino del Norte, desde albergues sencillos hasta confortables hoteles, retomamos nuestra ruta en dirección a Mondoñedo. Sin embargo, antes de continuar, decidimos hacer una parada esencial en Lourenzá, un pequeño municipio de la Mariña Central, en el norte de Lugo. Aquí, rodeado de valles verdes y una paz que parece invocar siglos de silencio, se alza el imponente Monasterio Benedictino de San Salvador, un vestigio de épocas pasadas que, con su historia y arquitectura, transporta al visitante a tiempos más contemplativos.



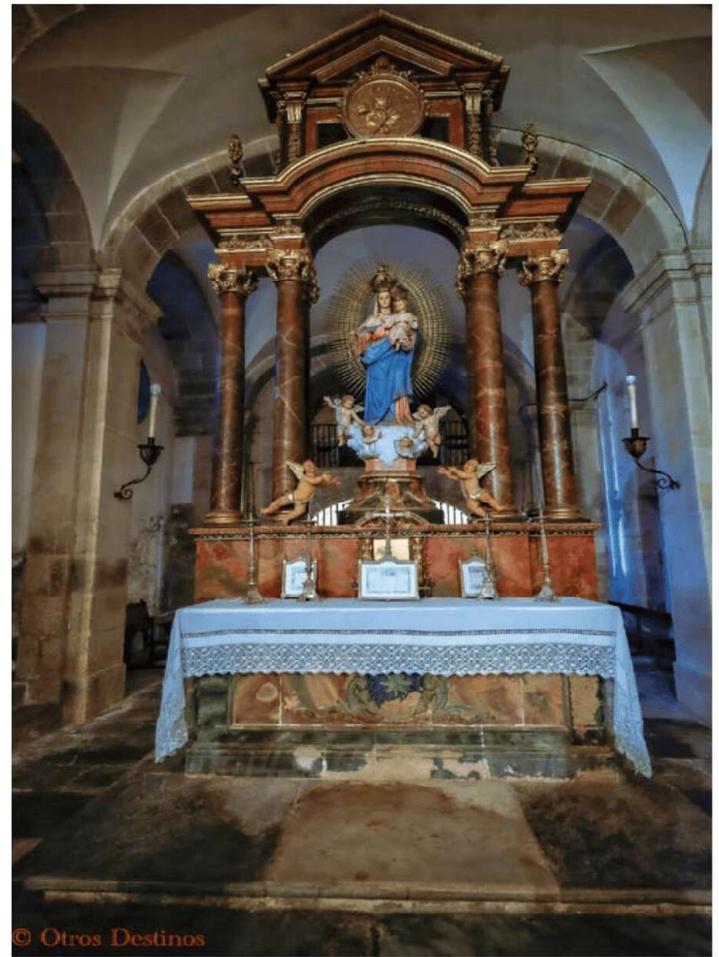
Fachada Monasterio de San Salvador de Lourenzá

Este monasterio, cuya fundación se atribuye al Conde Osorio Gutiérrez, conocido como el Conde Santo, fue un centro espiritual y cultural desde el año 969. Según la leyenda, el conde, tras dejar atrás su vida militar, emprendió un viaje a Tierra Santa, donde un sepulcro llamó su atención. Decidió enviarlo en una barca, permitiendo que el mar decidiera su destino. Al igual que la leyenda de Santiago, esta barca se detuvo en un lugar elegido por el destino, y el Conde Santo, sin apenas esfuerzo, la llevó hasta el monasterio, donde hoy en día reposan sus restos venerados.

El monasterio, de orden benedictina desde el siglo XII, ha sido durante siglos un punto de referencia en la región. La fachada barroca de su iglesia, obra del arquitecto Fernando de Casas Novoa en el siglo XVIII, nos recuerda a la

majestuosa Catedral de Santiago, ya que fue el ensayo del arquitecto antes de acometer la monumental fachada del Obradoiro en Compostela. Sin embargo, en Lourenzá solo se levantó una torre, debido a la falta de presupuesto, lo que le da un aire inacabado pero singular, como si aún estuviera en pleno proceso de creación.

La fachada, más que un simple acceso, es un retablo de piedra dedicado a la alabanza. Las figuras que decoran su frente representan a Cristo, la Virgen, y los santos fundadores de la orden benedictina, San Benito y Santa Escolástica. En el centro, sobre la entrada, una figura vestida de peregrino domina la escena: es el Conde Santo, cuyos restos descansan en el interior del templo, en una caja de sándalo venerada por los peregrinos.



El interior de la iglesia es igual de sobrecogedor. El retablo mayor, de estilo neoclásico, guarda imágenes policromadas que parecen cobrar vida con los matices de luz que se filtran desde las vidrieras. La Capilla de Nuestra Señora de Valdeflores acoge el sarcófago del Conde Santo, una pieza paleocristiana de Aquitania, Francia. Decorado con motivos en forma de S, que recuerdan a los strigiles romanos (utensilios usados para limpiar el cuerpo), el sarcófago encierra no solo los restos del conde, sino también la esencia de su leyenda.

Cada último sábado de agosto, se abre una pequeña verja que da acceso al sarcófago, donde los creyentes, a través de un hueco en la piedra, pueden intentar tocar los huesos del Conde Santo. Para ellos, este gesto tiene

un poder milagroso, un acto de fe que une lo terrenal con lo divino en un solo contacto.

En el monasterio también se encuentra el Museo de Arte Sacro, inaugurado en 1964 en lo que fue la antigua biblioteca monacal. Aquí, se custodian 28 bustos pintados en tabla que narran los milagros del Conde Santo, junto con esculturas de los siglos XVII y XVIII, piezas de orfebrería y textiles litúrgicos que muestran la riqueza y la devoción que ha albergado este lugar a lo largo de los siglos. Entre las reliquias, algunas contienen fragmentos de tela, cabello o incluso huesos del conde, cuidadosamente certificados y conservados.

Sin embargo, la verdadera joya del museo es un relicario barroco del siglo XVII, una pieza de deslumbrante artesanía que, más allá de



Sepulcro

su contenido sagrado, destaca por la maestría de su ejecución. Cada figura, cada relieve, habla del esplendor de un tiempo donde la fe no solo se vivía, sino que también se plasmaba en el arte con un detalle conmovedor.

Lourenzá, con su monasterio, no es solo una parada en el Camino de Santiago, sino un encuentro con la historia y la espiritualidad. Aquí, el viajero puede contemplar la grandeza de la fe y el arte, en una confluencia de leyendas y realidades que hacen de este lugar un remanso de paz y devoción en medio del trayecto. Lourenzá es, en sí misma, un camino hacia el corazón de la historia y el alma.





Relicario Barroco



Pazo de Tovar: Un Viaje a la Historia Gallega

A escasos cinco kilómetros del Monasterio de San Salvador de Lourenzá, se encuentra el imponente Pazo de Tovar, una de esas joyas arquitectónicas que invitan a viajar en el tiempo. Dada su cercanía, merece una visita para contemplar un pazo, una construcción palaciega que evoca siglos de historia. Sus raíces se remontan al siglo XII, cuando lo que hoy contemplamos como una elegante residencia era en realidad una torre medieval conocida como la Torre de Canedo. Fue en el siglo XVI cuando la torre se transformó en el magnífico palacete que hoy admiramos, según atestiguan los documentos que relatan su evolución arquitectónica.

Al pasear por el exterior, destaca la torre del homenaje, un vestigio de los primeros castillos

medievales, que en sus días fungía como última línea de defensa en caso de asedio. Originalmente, las torres estaban separadas o adosadas a la muralla, pero con el tiempo se integraron a las edificaciones principales, como ocurre en el Pazo de Tovar, donde la torre sobresale, pero se fusiona con el resto del edificio. Las torres, al ser el espacio dedicado al “Señor” y su familia, eran el refugio más seguro en momentos de conflicto, y aún hoy, si observamos las puertas, es posible notar los elementos defensivos que miran hacia el interior, un recordatorio de aquellos tiempos de incertidumbre.

El nombre del pazo proviene del primer noble que lo heredó: Don Antonio de Tovar, cuya vida, y la de sus herederos, estuvo marcada



© Otros Destinos

Pazo de Tovar: Un Viaje a la Historia Gallega

por hechos tanto gloriosos como conflictivos. La historia del Pazo de Tovar comienza cuando un noble, Pedro Pardo de Cabarcos, lega en sus últimas voluntades una antigua torre a su sobrino, Antonio de Tovar. Aunque la torre estaba deteriorada, el terreno en el que se encontraba era próspero, ideal para el cultivo de viñedos, hortalizas, legumbres y las afamadas fabas (judías) de gran calidad.

Don Antonio, al casarse con Doña Blanca Pimentel de Ribadeneira, decide convertir la deteriorada torre en un palacio de arquitectura isabelina. Para el año 1530, las obras estaban finalizadas y la familia Tovar, ya con ocho hijos —siete hijas y un varón—, se instala en su nuevo hogar. Don Antonio establece el mayrazgo, nombrando a su hijo Fernando de Tovar

como heredero, pero su temprana muerte provoca un conflicto sucesorio. Sin un varón que lo sucediera, la mayor de las hijas, Brianna, hereda el pazo, decisión que no fue bien vista por su madre, ya que sus otras hijas quedarían sin dote.

En 1544, tras la muerte de Don Antonio, Brianna se casa con el noble Pedro das Seixas, dueño de la Casa y Fortaleza de San Payo de Narla, en Lugo. El matrimonio toma posesión del Pazo de Tovar, aunque no sin tensiones con Doña Blanca, quien retiene el usufructo.

Tras tres años de disputas, Pedro das Seixas y Brianna se trasladan a otra propiedad en Pol, pero Pedro finalmente se apodera del Pazo de Tovar, que hereda a su hijo Fernando das Seixas.



Hoy, el Pazo de Tovar es una propiedad privada, restaurada en 2011 y abierta al público desde 2014. Es un auténtico testimonio de la historia, dividido en cuatro plantas que aún conservan la esencia de los siglos pasados.

La primera planta parece haber sido la vivienda principal, mientras que una escalera de caracol lleva a la tercera planta, donde, en tiempos de asedio, se refugiaban los habitantes. La última planta, en lo alto, era el puesto de vigilancia desde donde los guardias observaban los alrededores, y hoy ofrece impresionantes vistas del valle circundante.

Junto al palacio se encuentra el restaurante O Forno de Tovar, un lugar donde los visi-

tantes pueden disfrutar de la gastronomía gallega, destacando su cocina notable, que complementa perfectamente la experiencia histórica de la visita.

El Pazo de Tovar es más que una visita recomendada; es una inmersión en la historia de Galicia, un lugar donde las piedras, los salones y los detalles defensivos narran los ecos de un tiempo en que nobleza y guerra, poder y herencia, definían el destino de las familias. Una parada obligada para aquellos que buscan conocer más allá del Camino, donde pasado y presente se entrelazan armoniosamente.

Si deseas conocer los horarios de visita y planificar tu experiencia, puedes consultar la página web oficial: [Pazo de Tovar](#).



camino de Santiago

Todos los caminos llevan a Santiago, un lugar lleno de historia y energía ancestral que recibe peregrinos desde el siglo IX.

Declarado el primer Itinerario Cultural Europeo en 1987 y Patrimonio de la Humanidad en 1993, **el camino de Santiago es, en realidad, dos viajes**: el que haces escuchando el golpeteo de los bastones, con las botas llenas de piedras, los pies de ampollas y la mirada de asombro, y el viaje que vives en el alma mientras descubres tu propio poder reconectando contigo mismo.

Un viaje que puedes ajustar a tus condiciones físicas y a tu necesidad espiritual. Un camino que puedes hacer por motivos religiosos o por el placer de encontrarte con senderos

profundos que se mezclan con el agua de los ríos y la exuberancia de los bosques del norte.

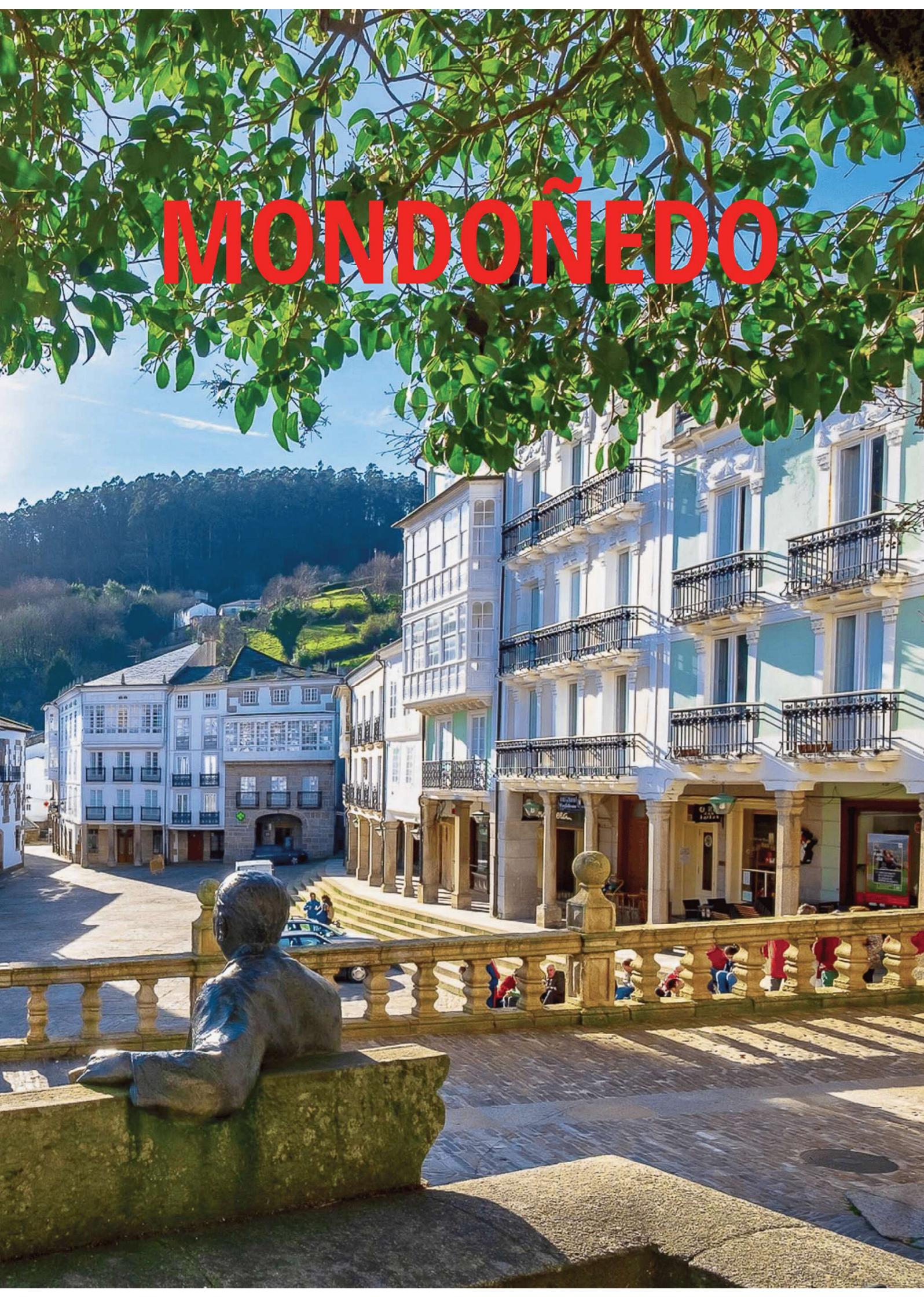
Un camino marcado por una simbología que ya es universal: **flechas amarillas y conchas desgastadas**. Seguro que has visto alguna en tu ciudad, así que ¡puedes empezar desde la comodidad de tu hogar!

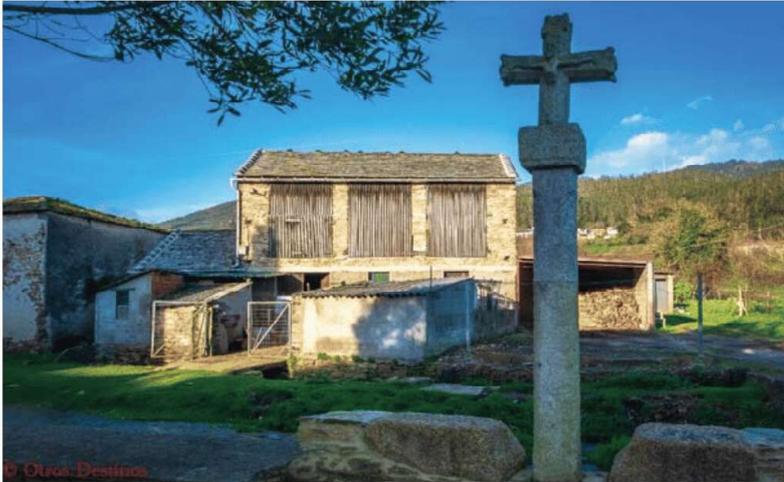
¿Ya decidiste si harás el camino Francés, el Portugués o quizás el que transita la vía de la Plata? **Hay tantas opciones como propósitos intrínsecos**. Sea cual sea el tuyo, te esperamos para organizar tu viaje y que sólo tengas que preocuparte de **andar y abrir el corazón a la magia de esta experiencia**.

inspirience@inspirience.es



MONDOÑEDO





Mondoñedo: Un Viaje al Corazón de Galicia

El viaje hacia Mondoñedo, desde Vilanova de Lourenzá, es una de esas etapas en las que los sentidos despiertan ante la belleza del paisaje gallego. A medida que el camino avanza, las montañas emergen con majestuosidad en el horizonte, mientras el verde intenso del valle de Lourenzá se funde con la espesura de los bosques de pinos y eucaliptos. La ruta, que serpentea suavemente entre colinas, conduce al viajero por San Pedro de Torre, hasta llegar a la pequeña joya escondida que es Mondoñedo.

Al acercarse a la ciudad, un puente de dos arcos, desgastado por el tiempo pero orgulloso en su porte, anuncia la entrada al barrio de San Lázaro, la puerta de acceso a Mondoñedo. A lo largo del trayecto, las viviendas tradicionales gallegas, con sus hórreos de piedra y madera, flanquean el ca-

mino. Estas singulares construcciones elevadas, diseñadas para proteger el grano de la humedad y los animales, parecen pequeñas esculturas en el paisaje. Algunas, sin embargo, revelan las cicatrices del tiempo y el abandono, desmoronándose lentamente, mientras otras se mantienen como testimonios de una época en la que la vida rural dictaba el ritmo del día a día.

Mondoñedo, antaño capital de una de las siete provincias de Galicia, se asienta en un valle entre montañas antiguas, cubiertas de vegetación. Los bosques de robles y castaños rodean campos y pastizales, y el verde lo envuelve todo, creando un escenario de tranquilidad.

En el barrio de Os Muiños, el río Valiñadares, que antaño daba vida a los molinos que dan nombre al lugar, sigue fluyendo con serenidad. Aunque los



Mondoñedo: Plaza de la Catedral

molinos ya no giran, algunos se conservan como recuerdos de una época en que el agua y la piedra eran aliados inseparables.

Entre las callejuelas del barrio, encontramos la fuente Os Pelamios, un pequeño rincón dedicado al periodista y poeta mindoniense Díaz Jácome, cuya figura adorna el lugar junto a una rueda de molino, símbolos del paso del tiempo y la laboriosidad de estas tierras.

Uno de los puntos más intrigantes de la ciudad es el puente O Pasatempo, antes conocido como el Ponte de Ruzos. Este puente romano alberga una de las leyendas más oscuras de Mondoñedo: la trágica muerte de Pedro Pablo de Cela, un noble condenado a muerte que fue ejecutado en la Plaza da Catedral mientras su esposa, prima de la Reina Isabel de Castilla, era entretenida por los

canónigos de la catedral, demorando la entrega del indulto real. El puente, silencioso testigo de esta historia, sigue en pie, sus piedras cargadas de memoria.

En el mismo barrio, el río Valiñadares sigue dibujando canales que, al pasar por varias casas, forman pasadizos y pequeños puentes que conectan viviendas, creando un paisaje pintoresco donde el agua es protagonista.

Otro lugar emblemático es la Fonte Vella, también llamada la fuente de Álvaro Cunqueiro, el célebre escritor gallego que, inspirado por sus aguas, la convirtió en musa de uno de sus poemas.

Cunqueiro comparó su aroma a hierba recién cortada con el perfume del otoño. Frente a esta fuente, mandada a construir en 1548 por Diego



Catedral Mondoñedo

de Soto, se alza el Palacio Episcopal, otro testigo del poder eclesiástico en la región.

En el corazón de Mondoñedo, la Catedral de Santa María, también conocida como la Catedral Arrodillada, se erige con una elegancia humilde en la parte baja de la plaza principal, rodeada de pequeñas callejuelas y casas de galerías blancas. Declarada Monumento Nacional en 1902, esta catedral comenzó a construirse en 1219 y su fachada, adornada con una puerta románica y detalles barrocos, es un reflejo de los diversos estilos que han marcado su historia. El retablo mayor, dividido en dos cuerpos, honra la Asunción de la Virgen y el misterio de la Santísima Trinidad, mientras que las bóvedas de la capilla mayor

muestran escenas del Antiguo Testamento, con pinturas que datan del siglo XVIII.

Uno de los tesoros de la catedral son sus dos órganos, cuyas raíces se hunden en la Edad Media, aunque fueron restaurados en el siglo XVI. Bajo estos, destacan las pinturas murales góticas, donde se representa la degollación de los niños inocentes y el prendimiento de Cristo, imágenes crudas de la devoción medieval.

El claustro, reformado en el siglo XVII, es un remanso de paz en medio de la ciudad, con sus galerías abiertas y arcos que rodean un patio central. Solo se conserva el crucero gótico en su centro, coronado por un Cristo Salvador en un lado y la Virgen en el otro.

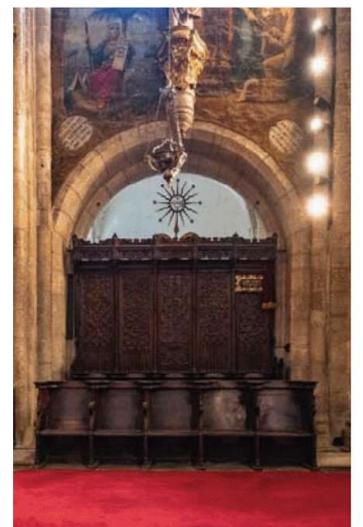


Catedral Mondoñedo

En uno de sus muros, una lápida conmemora la visita del Papa Juan XXIII.

El recorrido por Mondoñedo es también un viaje por su catedral y su Museo de Arte Sacro, fundado en 1969 y considerado uno de los más importantes de Galicia. Entre sus muros se conservan piezas invaluable que narran la historia religiosa y artística de la región.

Mondoñedo es una ciudad donde la historia se respira en cada rincón, donde el verde de sus valles y la serenidad de sus ríos envuelven al visitante en un abrazo que trasciende el tiempo. Aquí, cada piedra, puente y fuente cuenta una historia, y el viajero que se adentra en sus calles lo hace también en el pasado de Galicia.





Desde Mondoñedo a Villalba: Un Camino de Historia y Belleza

Después de una enriquecedora visita a la **Catedral de Mondoñedo**, una de las cinco catedrales gallegas, junto a las de **Santiago, Lugo, Orense y Tui**, un respiro en el restaurante **A Horta da Paula**, en el corazón de la ciudad, resultó ser el momento perfecto para recargar energías antes de emprender el siguiente tramo del camino hacia **Villalba**. El almuerzo, con su toque local y tradicional, dejó el sabor de **Galicia** en el paladar, mientras la mirada se preparaba para el paisaje que aguardaba.

La etapa que se avecinaba, especialmente desde **Mondoñedo** hasta **Gotan**, no era fácil. El **Alto da Xesta** es conocido por su dureza: un ascenso que desafía las piernas y la resistencia, pero que, al mismo tiempo, ofrece paisajes que parecen sacados de un cuento. Cada paso hacia arriba es

una conquista, y con la recompensa de las vistas panorámicas, uno se siente parte de la historia de aquellos que han transitado esta ruta durante siglos.

A medida que dejamos atrás **Gotan**, el terreno cambia, y lo que antes era una cuesta desafiante, ahora se transforma en una ruta más amable. El camino que se extiende hacia **Villalba** es llano, casi como un susurro que invita a seguir avanzando sin prisa. En este tramo, el ritmo del peregrino se adapta a la calma del entorno: ríos cristalinos que murmuran a lo lejos, pequeñas ermitas que parecen abrazar el silencio de los siglos, y los **hórreos** —esas estructuras tan propias de la cultura gallega— que aún se mantienen en pie como guardianes de los tiempos pasados.



Desde Mondoñedo a Villalba: Un Camino de Historia y Belleza

Algunos, olvidados por el tiempo, muestran signos de abandono, mientras otros siguen de pie, testigos mudos de la vida rural que los rodea.

El paisaje cambia constantemente. De un campo recién sembrado se pasa a otro que ya recoge sus frutos, como si el ciclo de la vida se manifestara a lo largo de cada kilómetro recorrido. El **río Abadín**, con su curso tranquilo, anuncia que estamos llegando a **Castromayor**, donde un **punto medieval sobre el río Arnela en Ponterroxal** se alza orgulloso, mostrando las cicatrices del tiempo pero resistiendo, como todo lo que hemos encontrado en este viaje. Cruzar ese puente es como atravesar un umbral entre el pasado y el presente, recordando que este camino ha sido

transitado por tantas almas a lo largo de los siglos, cada una con sus sueños, esperanzas y anhelos.

El trayecto, tanto en sus partes más arduas como en las más serenas, se vive con una mezcla de esfuerzo y satisfacción. Uno se va preparando mental y físicamente para lo que trae cada etapa, consciente de que no es un paseo fácil, pero al mismo tiempo, motivado por la recompensa que ofrece: **la belleza natural, la paz del entorno, y el conocimiento profundo de cada rincón de Galicia**. En mi caso, no es tanto **la fe** lo que me guía en este viaje, sino **la curiosidad por descubrir “palmo a palmo” esta tierra llena de historias**.



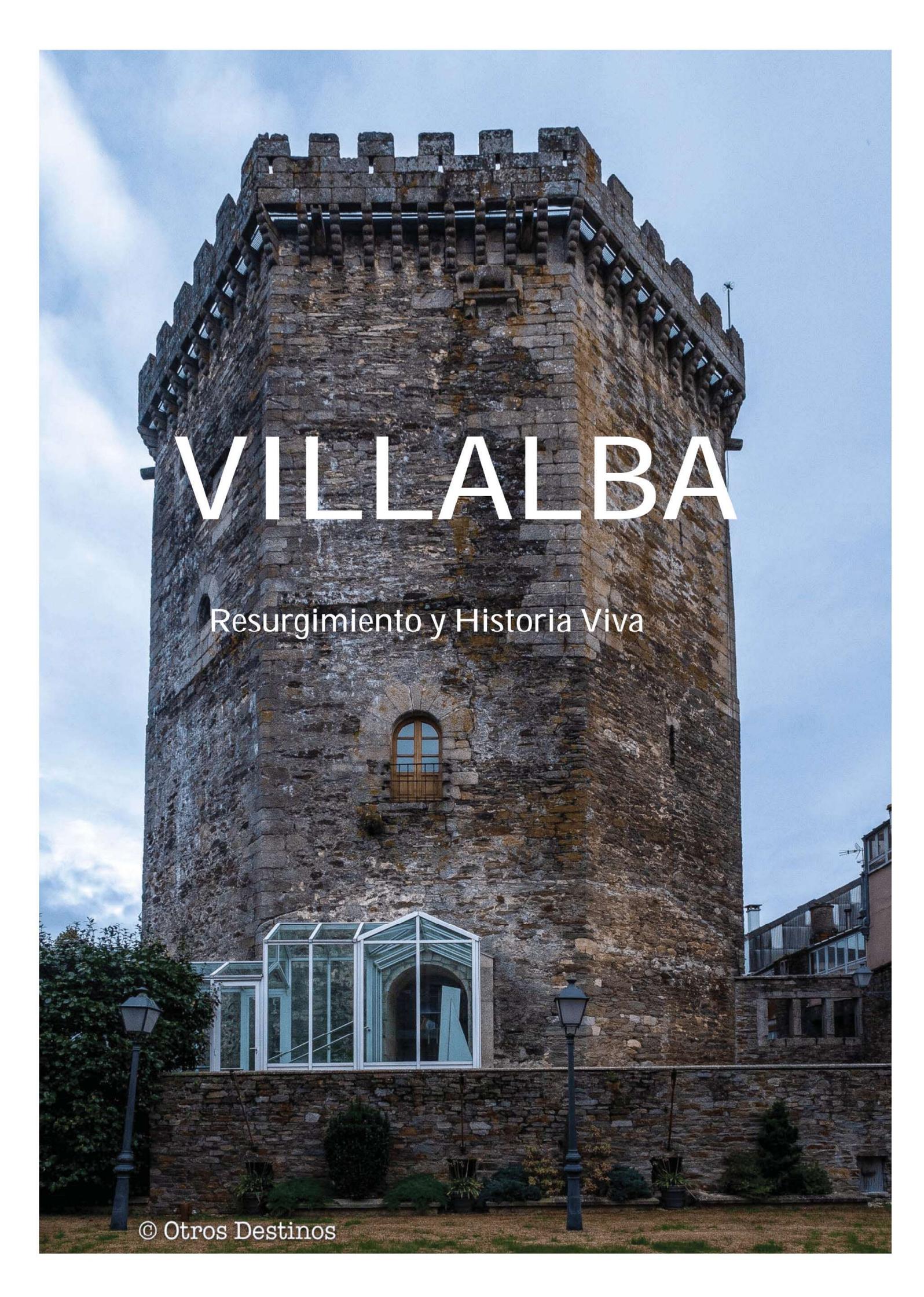
Ponte Vella de Martiñán

El Camino de Santiago es mucho más que un destino, es un proceso. Es, como lo describen muchos, “hacer el camino”, que en esencia significa sumergirse en los detalles, conocer a la gente, admirar los paisajes, y dejarse llevar por el espíritu que habita en cada aldea, en cada rincón escondido de Galicia.

Ya cerca de Villalba, el Ponte Vella de Martiñán nos sorprende, cruzando imponente sobre el río Batán. Este puente viejo, que data del siglo XII, es otro de esos lugares que guarda siglos de historia bajo sus piedras. A sus costados, junto al río, se encuentran mesas y bancos de piedra, perfectos para detenerse un momento, descansar y quizás compartir una comida sencilla. Esos momentos de pausa son necesarios, no solo para reponer fuerzas, sino para recordar que el camino, en sí mismo, es

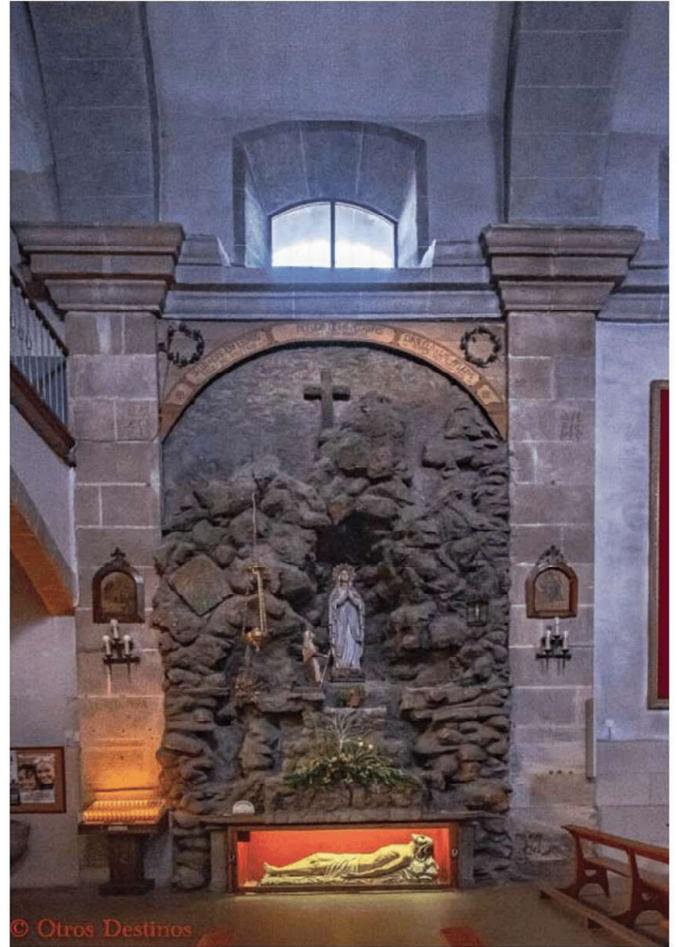
una metáfora de la vida: a veces es difícil, otras veces llano, pero siempre vale la pena detenerse, respirar y seguir adelante.

Este tramo del Camino es una experiencia única, que lleva al peregrino a través de un paisaje de contrastes, desde las duras cuestas hasta los tranquilos valles, y siempre con la sensación de que el tiempo y la historia se entrelazan con cada paso dado. En cada puente, en cada río, en cada campo de cultivo, Galicia revela sus secretos, y el peregrino tiene la oportunidad de sumergirse en esa rica historia, de ser parte de un recorrido que ha sido compartido por miles de almas a lo largo de los siglos. Villalba, a la vuelta de la esquina, espera ser el siguiente capítulo en este viaje de descubrimiento y reflexión.

A tall, square stone tower with a crenellated top and a modern glass extension at the base. The tower is made of rough-hewn stone and has a small arched window with a wooden frame. The glass extension is a modern addition, featuring a white frame and large glass panels. The tower is set against a cloudy sky. In the foreground, there are two black street lamps and some greenery.

VILLALBA

Resurgimiento y Historia Viva



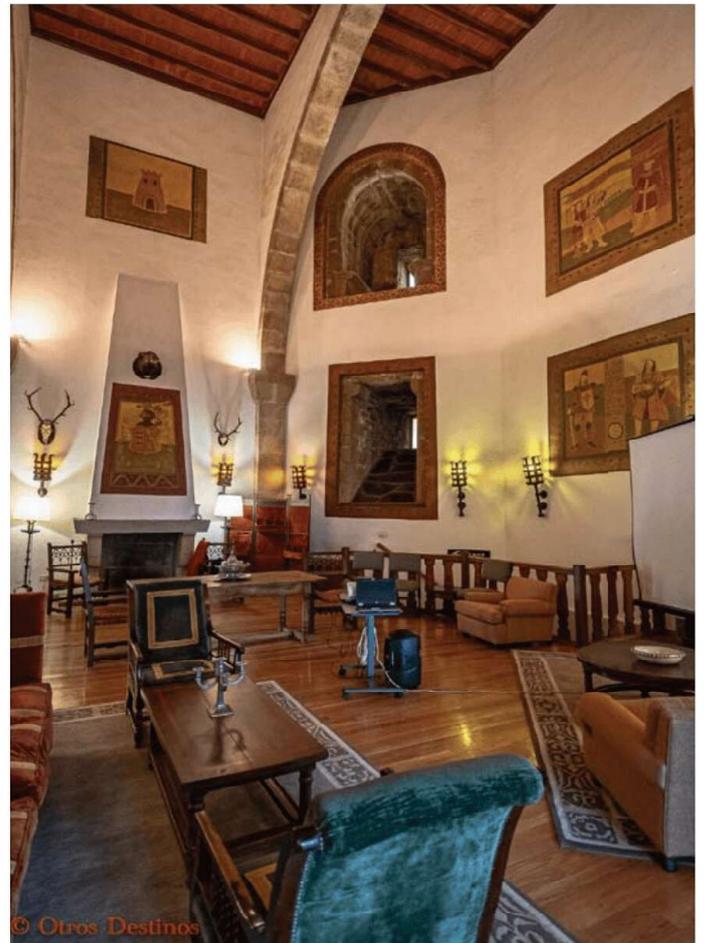
Villalba, una ciudad que ha sabido resurgir de sus cenizas, alberga una historia fascinante que se remonta a tiempos antiguos, testigo de invasiones, destrucción y renacimiento. En el siglo VIII, fue arrasada por un feroz incendio tras la invasión musulmana, pero su rastro se pierde aún más atrás, en documentos que datan del siglo V. Los indicios de su origen celta son innegables: la ubicación estratégica donde hoy se erigen la iglesia, el castillo y la villa antigua fue, en su día, un castro, una fortificación celta que dominaba la defensa del territorio. Durante más de 400 años, Villalba desaparece de la historia, para reaparecer en el siglo XII bajo el nombre de Vilarente, renacida como un enclave con un futuro prometedor.

El símbolo indiscutible de la ciudad es su torreón medieval, una majestuosa construcción del siglo XV que perteneció a los Condes de Andrade. Este vestigio imponente es lo único que sobrevive de un antiguo castillo fortificado que, en su momento de esplendor, fue un regalo de Enrique II de Trastámara a Fernán Pérez de Andrade, como

recompensa por su lealtad en la guerra contra Pedro I el Cruel. A lo largo de los siglos, la torre ha sufrido los embates del tiempo y la historia. Fue arrasada por las revueltas Irmandiñas en el siglo XIV, dejando en ruinas una construcción que no sería reformada hasta el siglo XVIII. Durante mucho tiempo, el torreón estuvo en un triste estado de abandono, hasta que en el siglo XX fue habilitado como Parador de Turismo, devolviendo el esplendor a uno de los monumentos más singulares de Galicia.

Hoy en día, el torreón es más que un simple icono; es un destino en sí mismo.

Su robusta presencia, testigo mudo de siglos de historia, invita al viajero a subir hasta lo más alto y disfrutar de una vista privilegiada de Villalba y sus alrededores. Para quienes se aventuran en su interior, el Salón de los Andrade, decorado con escudos de armas y pinturas murales, es una verdadera joya de la época, evocando los tiempos en que la nobleza gallega ostentaba su poder con elegancia y orgullo.



En pleno corazón de Villalba, la Iglesia de Santa María, que se alza en la plaza que lleva su mismo nombre, guarda en sus piedras siglos de devoción. Este templo, que reemplaza a una antigua iglesia románica, fue reconstruido en la segunda mitad del siglo XIX. Aunque su exterior no delata grandes pretensiones, en su interior destaca una imagen de la Virgen de Lourdes, representada en una gruta artificial que adorna la pared, bajo la cual se encuentra una representación de Cristo en el sepulcro. El conjunto, de una sobria belleza, invita al recogimiento en medio de la vida cotidiana de la ciudad.

Villalba no solo es rica en historia medieval y arquitectura religiosa, también es un destino ineludible para los amantes de la prehistoria y la arqueología. El Museo de Prehistoria y Arqueología, con sus amplias colecciones, ofrece un recorrido por los periodos más antiguos de la humanidad. Villalba ha sido

un lugar clave en Galicia para el descubrimiento de yacimientos paleolíticos y conjuntos megalíticos, algunos de los cuales han sido hallados en excavaciones realizadas por el propio museo. En sus salas, los visitantes pueden admirar materiales que abarcan desde el Paleolítico hasta el Mesolítico, con piezas que incluyen vasijas de cerámica, herramientas líticas y artefactos de bronce y hierro. De la época romana, el museo presenta una impresionante colección de cerámicas, vidrios, monedas y restos de ánforas que ilustran el paso de esta civilización por la región.

En su capacidad de renacer una y otra vez, Villalba demuestra que es mucho más que una ciudad con pasado; es un lugar donde la historia sigue viva, en cada piedra de su torreón, en cada rincón de sus calles, y en la memoria de aquellos que la visitan.



El Camino Inglés, desde el Ferrol:
un viaje entre cruzadas, historia y
gastronomía



Son cinco las etapas que podemos recorrer desde la **antigua ciudad de Ferrol**, siguiendo la ruta que nos conduce a **Pontedeume, Betanzos, Bruma y finalmente Sigüeiro**. Cada una de estas villas, muchas de origen medieval, guarda entre sus calles empedradas y plazas silenciosas los ecos de un pasado que aún susurra al oído del caminante.

El sendero serpentea por veredas antiguas y bosques frondosos, invitando al espíritu a recogerse en sí mismo. **Esta peregrinación no es solo un viaje exterior, sino también una travesía del alma:** un tiempo para meditar, para reencontrarse, para purificar la conciencia bajo el cielo gallego.

A todo aquel que se aventure en este noble camino, le deseo buen viaje y que la vida, como una brisa suave entre los robles, le sonría siempre.

Todo comenzó cuando una flota compuesta por ingleses, alemanes y flamencos, en ruta hacia Tierra Santa en el marco de una cruzada, decidió desviarse hacia Portugal para colaborar con el monarca luso en la conquista de Lisboa. Fue entonces cuando, aprovechando la cercanía, un grupo de ellos se dirigió a Santiago de Compostela con el propósito de encomendarse al Apóstol antes de continuar su empresa bélica.

Desde el siglo XII hasta el XVI, esta ruta —que hoy conocemos como el Camino Inglés— fue transitada por peregrinos provenientes de Inglaterra, Alemania, Flandes y de los países escandinavos: Noruega, Suecia, Dinamarca, Finlandia e Islandia. Para los fieles del norte de Europa, el viaje hasta Santiago a pie podía durar meses, por lo que muchos optaban por una travesía marítima que los dejara en los puertos de Ferrol o A Coruña, desde donde emprendían el tramo final a pie.

Sin embargo, el auge de esta vía experimentó un abrupto final cuando el rey Enrique VIII rompió con la Iglesia Católica a raíz de su divorcio con Catalina de Aragón. El nacimiento de la Iglesia Anglicana trajo consigo el cese de las peregrinaciones inglesas, condenando esta ruta al olvido durante siglos.

Fue aquella expedición cruzada la primera en arribar a las costas de Ferrol y A Coruña, abriendo una senda que, con el tiempo, se transformaría en un itinerario espiritual y cultural de profundo arraigo. No obstante, solo el trayecto desde Ferrol permite hoy obtener la “Compostela”, pues el mínimo exigido son 100 kilómetros: desde A Coruña hay solo 74, mientras que desde Ferrol se recorren 118.





Más allá de lo práctico, comenzar el Camino Inglés en Ferrol ofrece un atractivo especial. La ruta inicia en el puerto viejo, el llamado **Ferro Vello**, donde se encuentran tanto la oficina de Turismo como el punto de atención al peregrino.



© Otros Destinos



© Otros Destinos



© Otros Destinos

Desde allí, el viajero atraviesa el casco histórico por la calle San Francisco. Es en esta vía donde se halla **O Camiño do Inglés**, restaurante dirigido por el joven chef ferrolano **Daniel López**, cuya trayectoria ha sido reconocida nacionalmente: nominado a Cocinero Revelación en *Madrid Fusión 2017*, finalista del premio *Cociñeiro Novo* y recientemente proclamado **Campeón de España de Tapas** en el *Salón de Gourmets*. El local, aunque discreto en su apariencia, brinda una experiencia culinaria excepcional.

Siguiendo el camino, se alcanza la **Iglesia de San Francisco**, templo de gran simbolismo local, pues allí fue bautizado el dictador Francisco Franco. A la derecha del edificio se abre un mi-

rador privilegiado desde donde se contempla una vista panorámica del puerto, el Arsenal y los astilleros que marcaron el devenir industrial de la ciudad.

En ese mismo espacio se extienden los jardines de San Francisco y la Cuesta de Mella, presididos por una colorida (y discutible) estatua del **Marqués de la Ensenada**. Muy cerca se encuentra el **Parador Nacional de Ferrol**, una parada obligada incluso si no se pernocta allí. Su restaurante ofrece una carta que honra los sabores gallegos, y si siguen esta recomendación, no dejen de probar la **tarta de Santiago con helado de mandarina**: una despedida dulce y memorable antes de emprender la marcha hacia Compostela.



Ferrol: entre la historia urbana y los pasos del peregrino

Nuestro recorrido por el Camino Inglés prosigue por el corazón del centro histórico de Ferrol, donde las piedras susurran historias de fe, poder y modernismo. En esta etapa, llegamos a uno de los espacios más emblemáticos de la ciudad: la plaza del Marqués de Amboage, sin duda una de las más hermosas, antaño conocida como plaza de los Dolores.

El nombre original se debía a la presencia de la iglesia de los Dolores, construida en el siglo XIII, sede de la cofradía homónima, de honda raigambre en la Semana Santa ferrolana, considerada una de las más importantes del norte peninsular. Esta cofradía, vinculada al antiguo gremio de los comerciantes, es testimonio de la íntima unión entre espiritualidad y vida civil en la ciudad.

La plaza, construida en 1790, cambió varias veces de nombre: tras la revolución de 1868 y la caída de Isabel II, pasó a llamarse plaza de la Libertad, aunque aquella libertad resultó efímera. Finalmente, en **1893**, adoptó el nombre que hoy conserva: **plaza del Marqués de Amboage, en homenaje a Ramón Plá y Monge**, noble y filántropo ferrolano.

Este **marqués, consciente de los sacrificios que la patria exigía a sus hijos**, fundó una institución benéfica que financiaba la redención del servicio militar obligatorio para jóvenes de familias humildes, en un tiempo marcado por guerras coloniales y convulsiones sociales. Su legado sigue siendo un símbolo de humanidad y justicia social.



Desde la plaza, el paseo continúa por la calle Dolores, donde se alza uno de los ejemplos más bellos del modernismo ferrolano: **la Casa Pereira, obra del arquitecto Rodolfo Ucha Piñeiro**. Sus galerías acristaladas, barandillas forjadas y miradores ornamentales reflejan la sensibilidad de un tiempo en que la arquitectura aspiraba a elevar el alma. **Ucha, figura clave en la transformación urbana de Ferrol**, diseñó buena parte de los edificios que dan carácter a la ciudad.

El centro histórico desemboca en la **ruta de la Magdalena**, también conocida como la ruta real. Este ensanche ilustrado, de planta en cuadrícula, está jalonado por viviendas modernistas que narran la historia de una ciudad burguesa y visionaria. Entre sus hitos se encuentra **el Teatro Jofre, joya del siglo XIX**, situado frente al Museo Naval, donde la

historia marítima de España encuentra eco en documentos, maquetas y piezas únicas.

No lejos de allí se yergue la iglesia de San Julián, patrón de la ciudad, la plaza del Ayuntamiento y la animada plaza de España, donde Ferrol late con fuerza entre cafés, jardines y conversaciones de paso. Este casco histórico no solo enriquece al caminante, sino que lo introduce en una Galicia profunda y culta, que abraza la modernidad sin renunciar a su memoria.

Desde Ferrol, el Camino Inglés se desgrana en cinco etapas que nos llevan a través de paisajes de incomparable belleza y poblaciones de hondo arraigo histórico: Pontedeume, Betanzos, Bruma y Sigüeiro. Todas ellas, muchas de origen medieval, se presentan al peregrino como estaciones del alma: pueblos con veredas empedradas, frondosos bosques y un silencio que invita a la reflexión.



El Modernismo Ferrolano: Un Paseo por la Elegancia de Comienzos del Siglo XX.

Ya en pleno casco histórico de Ferrol, el viajero se ve envuelto por la estética delicada y audaz del modernismo gallego, donde el arquitecto Rodolfo Ucha Piñeiro alcanza su máxima expresión. Considerado uno de los más notables arquitectos gallegos del siglo XX, Ucha dejó una huella indeleble en la fisonomía de la ciudad. Hay quienes lo comparan con Gaudí, aunque su estilo, en verdad, parece más próximo al de Lluís Domènech i Montaner, maestro del modernismo catalán y autor de obras como el Hospital de Sant Pau o el Palau de la Música Catalana, joyas que aún embellecen la Barcelona del Eixample. Recorrer esta parte de Ferrol exige una mirada pausada y sensible, capaz de captar la delicade-

za de sus formas, los detalles florales en los forjados, las curvas de sus balcones y la armonía de las fachadas acristaladas. Porque el modernismo ferrolano no es una mera imitación, sino una interpretación con sello propio, adaptada al espíritu atlántico y marinero de la ciudad.

El proyecto urbanístico conocido como Ensanche de la Magdalena, trazado en damero, generó un tipo de edificación única: casas de tres o cuatro alturas, con amplios balcones y miradores cerrados por galerías de madera —blancas, livianas, abiertas al mar— y, más tarde, en hierro, reflejo del influjo industrial. Este rasgo se repite en otras ciudades gallegas, pero en Ferrol adquiere una cohesión y una estética singular.



En este paseo arquitectónico por el barrio de la **Magdalena**, destacan numerosas obras: **la majestuosa entrada del Casino Ferroliano**, **la antigua Pescadería del Mercado**, la característica balconada del Teatro Jofre o las viviendas señoriales que flanquean **calle**s como **Real, Dolores o María**. Todo un muestrario de buen gusto, planificación urbana y riqueza ornamental.





Un Modernismo con Identidad Propia

El modernismo, nacido al calor del progreso y de la nueva burguesía industrial, se extendió por toda Europa, adoptando en cada país un rostro distinto: en Francia y Bélgica, fue el Art Nouveau; en Inglaterra, el Modern Style; en Italia, el Stile Liberty o Floreale; en Alemania, el Jugendstil; y en la Austria imperial, la elegante Sezession vienesa.

Ferrol, en ese contexto, no fue una excepción, sino una manifestación local de una corriente universal que buscaba belleza, funcionalidad y armonía con la naturaleza. Hoy, caminar por sus calles es volver a una época en que el arte se integraba con la vida cotidiana, y el sueño de las ciudades modernas aún conservaba su idealismo.



© Otros Destinos

El Teatro Jofre: Belleza y Cultura en el Corazón de Ferrol

Uno de los grandes exponentes de la arquitectura modernista ferrolana es, sin duda, el Teatro Jofre. Fundado en 1858 como el Teatro del Centro, ha sido un pilar cultural en la ciudad durante más de un siglo y medio. El edificio, que destaca por su elegante fachada y sus balconadas decoradas, ha sido escenario de innumerables representaciones teatrales, conciertos y eventos culturales.

El Teatro Jofre fue reformado a principios del siglo XX y reformulado en el estilo modernista que impregna a toda la ciudad. Su interior es una joya de la arquitectura de la época: el patio de butacas, los ornamentos de hierro forjado y la madera pulida ofrecen una atmósfera única que transporta al espectador a una época dorada de esplendor cultural. La planta del teatro, en forma de herradura, permite que cada espectador tenga una visión privilegiada del escenario, una característica distintiva de los grandes teatros de la época.

A lo largo de su historia, el Teatro Jofre ha sido testigo de grandes eventos, desde estrenos de obras teatrales locales hasta representaciones de compañías nacionales e internacionales. Con su rica programación cultural y su tradición en la ciudad, el teatro sigue siendo un referente de la vida cultural de Ferrol, un lugar donde el arte se celebra en todas sus formas.

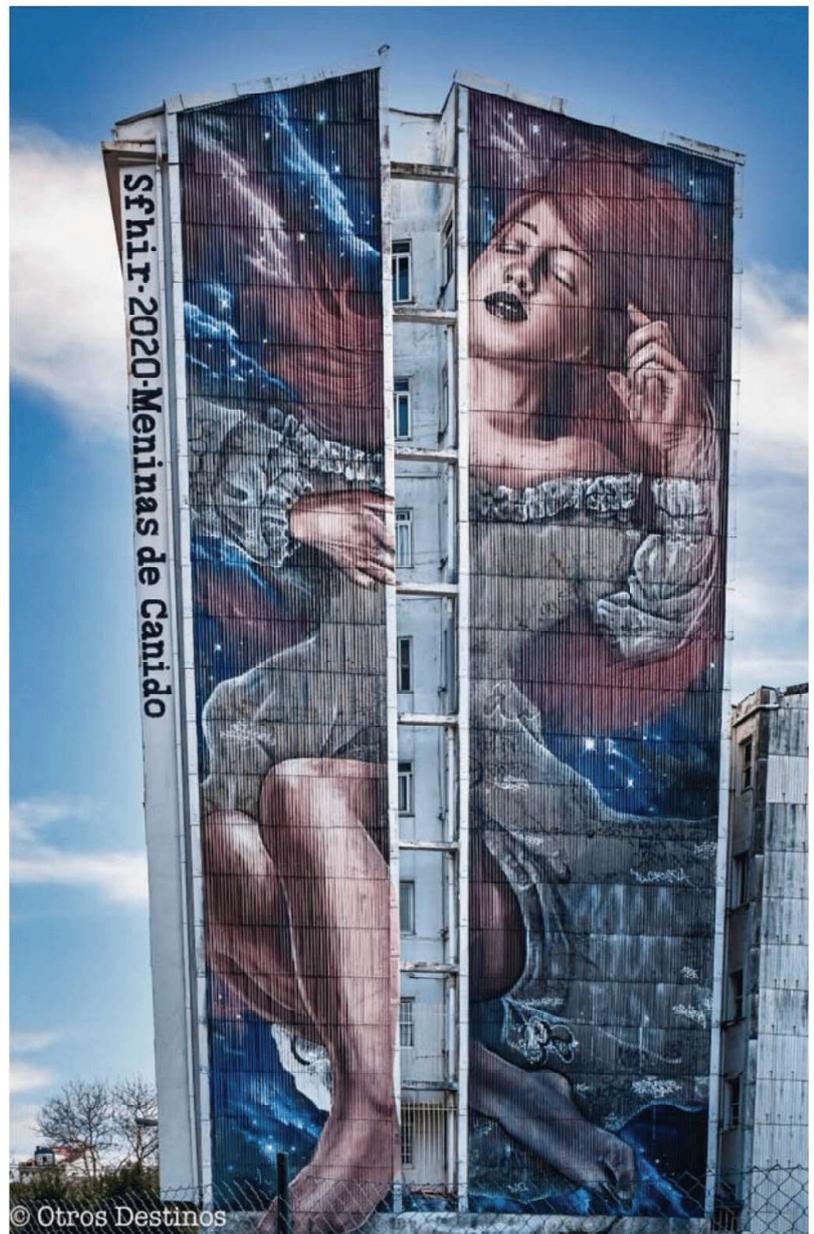


BARRIO DEL CANIDO

Si el **modernismo** es una de las joyas arquitectónicas de Ferrol, en su **centro histórico**, en una zona no tan céntrica y medio abandonada por aquellos que emigraron, el **barrio de Canido** ofrece un contraste fascinante. En este enclave, donde las viviendas abandonadas y sus fachadas medio ruinosas parecían condenadas al olvido, un vecino decidió darles una nueva vida. Fue entonces cuando comenzó una transformación que, a través del arte, logró revivir el espíritu del barrio y ponerlo en el mapa cultural no solo de Galicia, sino del mundo.

En Ferrol, este proceso de revitalización comenzó con la iniciativa de un pintor local, **Eduardo Hermida**. Para embellecer la fachada de su estudio, decidió plasmar una reproducción de las **Meninas** de Velázquez en ella. El resultado fue tan satisfactorio que, como él mismo recuerda: “Después de la del estudio, continué con mi hija pintando dos o tres más para ver si así el barrio mejoraba”. Aunque al principio le parecía una idea un tanto ingenua, pronto se unieron otros dos artistas de la zona y algunos pintores forasteros que visitaban Ferrol. Así comenzó a extenderse el fenómeno.

Cada vez eran más las viviendas que, en lugar de mostrar fachadas sucias y deterioradas, lucían versiones de las **Meninas**, pintadas en sus paredes. La comunidad del barrio acogió con entusiasmo la iniciativa, y pronto se generó un efecto contagioso.





© Otros Destinos

Numerosos vecinos se sumaron al proyecto, plasmando sus propias versiones del célebre cuadro de Velázquez en las paredes de sus casas. De esta manera, el **barrio de Canido** se transformó en una especie de museo al aire libre, donde el arte se fusionó con el espacio urbano, dando lugar a una identidad única que ha atraído la atención de medios y redes sociales en todo el mundo.

La repercusión de esta iniciativa fue tan significativa que el barrio de **Canido** fue reconocido por la **UNESCO** como “**Itinerario Cultural dentro de Galicia**”, un título que subraya la importancia cultural y artística de este enclave. Así, lo que comenzó como una simple idea de un artista local se ha convertido en un fenómeno global, donde el arte y la comunidad se entrelazan para dar nueva vida a un barrio y, de paso, poner a Ferrol en el mapa cultural internacional.



© Otros Destinos



El convento de los Agustinos de Pontedeume, fundado en el siglo XVII, es un sobrio conjunto arquitectónico de estilo barroco, situado en las afueras del casco histórico. Destaca por su fachada austera y su iglesia anexa, de una sola nave y retablo de madera tallada. Aunque hoy ya no acoge vida monástica, su presencia sigue recordando el pasado espiritual de la villa y su vinculación con las rutas del peregrinaje.

PONTE

A medida que el peregrino avanza desde Ferrol hacia Santiago, el Camino Inglés se va desplegando como un tapiz viviente de historia, naturaleza y memoria. No se trata solo de alcanzar la meta, sino de abrazar cada tramo, cada silencio del paisaje, cada piedra que susurra leyendas antiguas. Porque más allá de la Compostela prometida, cada etapa invita a detenerse, mirar y dejarse conmover por el alma de la tierra gallega.

Una de esas paradas inevitables es Pontedeume, villa de noble pasado y belleza discreta. El acceso al corazón de la localidad se realiza por la rúa Real, calle vertebral del casco histórico, que desde la Edad Media guía el paso de viajeros, comerciantes y soñadores. Recorrerla es caminar por siglos de historia apretada entre fachadas blasonadas y soportales sombríos que resisten el paso del tiempo.

Pontedeume merece más que una mirada apresurada. En lo alto, el Torreón de los Andrade, único vestigio del antiguo castillo, se alza como testigo del poder de una de las familias más influyentes de la



DEUME

Galicia medieval. Desde allí, la vista de la villa y del estuario del Eume se abre como una postal en movimiento.

El casco histórico, con sus calles estrechas y empedradas, invita a perderse sin rumbo fijo. Cada esquina es una promesa de hallazgo: una plaza recoleta, una casa solariega, un balcón florecido. En el centro late la Plaza del Pan, auténtico corazón de la villa, donde los peregrinos se confunden con los vecinos en un remanso de cotidianeidad: una bebida, una conversación, una pausa que sabe a hogar.

Y como uniendo el ayer con el ahora, se extiende el imponente puente de piedra sobre el río Eume, origen del nombre de la villa. Construido en el siglo XIV, llegó a tener más de ochenta arcos y, aunque el tiempo ha reducido su silueta, aún conserva la dignidad de los monumentos que han sabido resistir. Es, sin duda, uno de los emblemas patrimoniales de Pontevedra, y un símbolo más de ese Camino que es, en realidad, muchos caminos en uno: el del cuerpo, el de la memoria, el del alma.



TORREÓN DE LOS ANDRADES

Panteón militar del siglo XIV con óculo gótico calado y escudo nobiliario; con el “sello de Salomón” y su escudo nobiliario.



Betanzos, memoria noble del Camino Inglés

Desde Pontedeume, tras dejar atrás el torreón de los Andrade y el rumor del río Eume, el Camino Inglés se adentra en un tramo de suaves ondulaciones que conducen, tras unos 21 kilómetros, hasta la ciudad de Betanzos, una de las joyas monumentales del itinerario jacobeo.

Ubicada en un altozano entre los ríos Mendo y Mandeo, Betanzos no es solo una parada; es una lección viva de historia. Antigua capital del Reino de Galicia, conocida como la Ciudad de los Caballeros por los linajes nobles que la habitaron, su casco histórico rezuma herencia medieval en cada piedra, plaza y portal.

La ruta del peregrino atraviesa aún algunas de sus puertas de muralla, testimonio de un pasado defensivo que sobrevive entre callejuelas estrechas y soportales centenarios. El corazón

de la villa late en la plaza de los Hermanos García Naveira, donde se alzan edificios históricos como el Hospital de San Antonio, la Casa de Don Juan García Naveira y el Museo das Mariñas, alojado en la iglesia de Santo Domingo. En su centro, una fuente protagonizada por una escultura de Diana Cazadora —réplica de la que habita en el Louvre— aporta una nota clásica al conjunto.

Cada agosto, Betanzos mira al cielo con una de sus tradiciones más singulares: el Globo de San Roque, el mayor globo de papel del mundo, que se eleva como símbolo de devoción y orgullo local.

En la plaza de Fernán Pérez de Andrade, el peregrino encuentra dos templos imprescindibles: San Francisco, que alberga los sepulcros de no-



Betanzos, la fama de su tortilla de patata

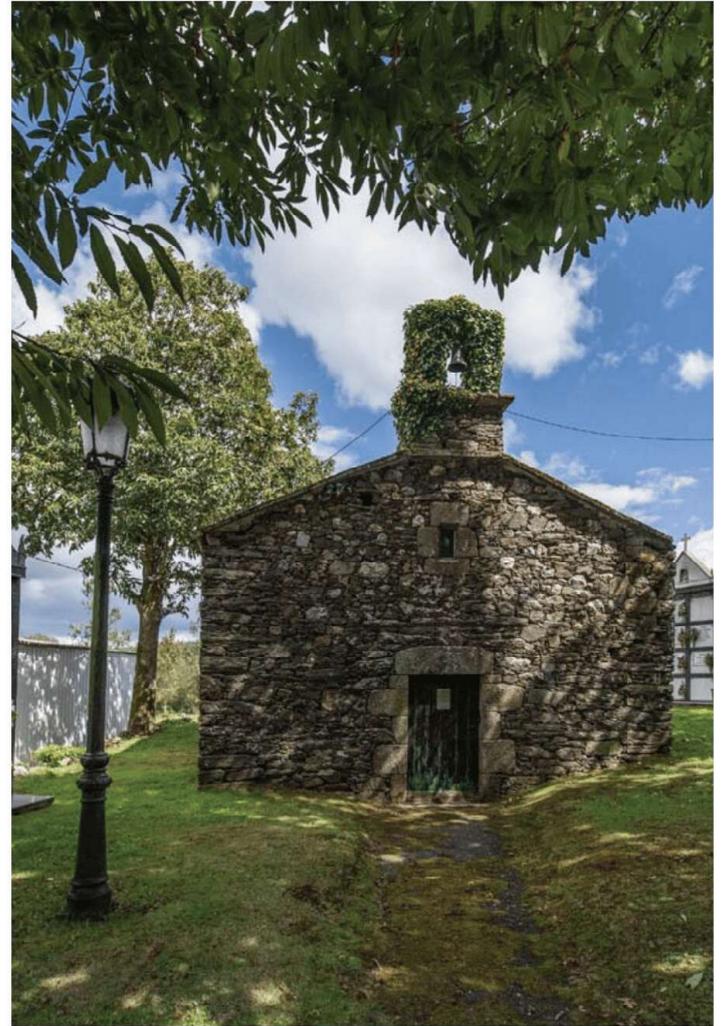
bles medievales, y Santa María de Azogue, joya gótica que guarda el único calendario agrícola medieval completo de Galicia.

A su lado, los pazos de Bendaña, Lanzós y Taboada, junto con la Casa Núñez —una elegante muestra de modernismo gallego— completan el trazado señorial. Para quien quiera prolongar la visita, a pocos minutos del centro se encuentra el evocador Parque do Pasatempo, parque enciclopédico y visionario construido por Juan García Naveira a finales del siglo XIX: un lugar donde lo pedagógico, lo simbólico y lo fantástico se dan la mano.

Y, por supuesto, hay que rendirse ante el sabor: la tortilla de Betanzos, jugosa y sin artificios, es tan legendaria como sus piedras. Se trata de un plato universal de la cocina española, del que existen innumerables versiones. Aunque comparte los

mismos ingredientes básicos —patata, huevo, aceite y sal—, las variaciones son muchas: depende de la calidad de la patata, del tipo de aceite, del punto de cocción, del grosor... Hay quienes la prefieren fina, otros con más volumen; algunos la disfrutan bien cuajada y otros, más líquida, casi cruda por dentro.

En Betanzos, su tortilla goza de una merecida fama: muchos la consideran la mejor del mundo. Hay quienes lo discuten, por supuesto, pero lo que nadie puede negar es que esta tortilla es un símbolo culinario. A pesar de la extraordinaria calidad de los productos del mar y de la ganadería gallega, la tortilla de Betanzos sigue siendo el plato estrella para muchos. Betanzos no solo acoge: abraza. Con su historia, su hospitalidad y su alma. Un lugar donde el Camino se convierte en destino.



De Betanzos a Bruma: el ascenso hacia el recogimiento

La etapa que une Betanzos con Bruma, de aproximadamente 28 kilómetros, es la más exigente del Camino Inglés. Nada más dejar atrás la ciudad por el puente de As Cascas —testigo de siglos y superviviente de las guerras napoleónicas—, el trazado se retuerce en una sucesión de subidas que atraviesan aldeas, bosques y paisajes interiores profundamente gallegos.

El recorrido no culmina en una villa ni en un núcleo urbano como tal. **Bruma no es una población**, sino un **enclave histórico del Camino**: un antiguo hospital de peregrinos, punto de abrigo en la Edad Media, convertido hoy en símbolo de acogida y tránsito. Aquí, en medio del verdor y el silencio, el Camino se vuelve más íntimo, más verdadero. **Es un lugar ideal para descansar, respirar la naturaleza y**

reponer fuerzas, donde los albergues destacan por ofrecer una **relación calidad-precio sobresaliente**, pensada para el peregrino que busca descanso sin artificios.

Por el camino, templos rurales como las iglesias de Cos y Leiro o el santuario de Nosa Señora da Saleta, apenas oculto por la vegetación en Presedo, ofrecen una conexión espiritual con la tierra. La capilla de As Travesas, con su pequeño merendero, acoge a quienes necesitan un respiro antes del último esfuerzo.

En este punto, además, confluyen los dos ramales del Camino Inglés: el que parte de Ferrol y el que nace en A Coruña. Una unión que convierte a Bruma no en destino, sino en punto de comunión entre caminos, donde las rutas se funden y el paso se renueva.



De Bruma a Sigüeiro: la antesala de la llegada

Desde Bruma, el Camino continúa su avance hacia Compostela con una etapa de **aproximadamente 24 kilómetros hasta Sigüeiro**, en el municipio de Oroso. Es una jornada de tránsito entre la Galicia rural y el entorno más próximo a la ciudad, donde los bosques y aldeas ceden terreno poco a poco a caminos más humanizados.

Sigüeiro no solo es un alto estratégico antes del final: es también **el umbral sagrado**, donde muchos peregrinos eligen descansar una última noche antes de entrar con el alba en Santiago. Aquí, el puente medieval sobre el Tambre —silencioso testigo de siglos de pasos— recuerda que el destino está cerca, pero el Camino no ha terminado.

Última etapa del Camino Inglés: de Sigüeiro a Santiago de Compostela (16 km aprox.)

Desde aquí, hasta la **Catedral de Santiago de Compostela**, el camino nos lleva atravesando paisajes que combinan tramos rurales, bosques, pequeñas aldeas y zonas periurbanas.

Aunque es una jornada de perfil moderado, la emoción crece a medida que se avanza y se perciben los primeros signos de cercanía a Santiago. El itinerario discurre por senderos tranquilos y zonas pavimentadas, con algunos pasos sobre ríos y miradores naturales que permiten detenerse a disfrutar del entorno.

La llegada a Santiago es un momento cargado de simbolismo. El Camino culmina en la **Praza do Obradoiro**, frente a la imponente fachada de la Catedral, donde los peregrinos sellan su travesía con emoción y recogimiento.

El Camino del Mar:

La senda olvidada de los peregrinos

Para muchos, el Camino de Santiago se dibuja como una línea de polvo y piedra, un sendero que serpentea entre valles y montañas hasta desembocar en la silueta majestuosa de la catedral compostelana. Pero hay un camino más antiguo, más silente, que no cruza tierras sino que surca aguas: el océano Atlántico, que fue, según la leyenda, la primera ruta jacobea.

Mucho antes de que los pasos de los peregrinos hollaran los bosques del norte peninsular, fue el mar quien llevó los restos del Apóstol Santiago hasta las costas de Galicia. Esta tradición, envuelta en ecos de sal y fe, sitúa al mar como el primi-

genio Camino de Santiago, un camino líquido que unió la devoción de Europa con el sepulcro del apóstol.

La leyenda fundacional

La leyenda fundacional se remonta a una flota de ingleses, flamencos y alemanes que, de camino a una cruzada, se desvió a Portugal para ayudar al rey en la conquista de Lisboa. Desde allí, decidieron dirigirse a Santiago para rogar al Apóstol su intercesión. Así nació una tradición que floreció durante siglos, hasta que la ruptura de Enrique VIII con la Iglesia Católica selló el destino de esta ruta, condenándola al silencio.





© Otros Destinos

ISLA CIES

Una travesía atlántica: navegando hacia Compostela

En la actualidad, esta ruta resurge con la misma fuerza de las mareas. Tras una investigación de tres años, el Cabildo Catedralicio de Santiago reconoció oficialmente, el 15 de diciembre de 2020, al Camino Marítimo de la Ría de Muros-Noia como itinerario jacobeo, con la misma validez que las rutas terrestres. Los peregrinos pueden obtener la Compostela si completan 90 millas náuticas por mar y 10 kilómetros a pie.

Del mar a la piedra: navegación entre islas y puertos

La travesía comienza en Vigo y se extiende hasta Portosín, a bordo de un velero de la compañía Sailway, que puede alquilarse con o sin patrón.

En su avance por la ría, el peregrino navega entre aguas de historia milenaria y naturaleza indómita, haciendo escala en enclaves de sobrecogedora belleza: las Islas Cíes, Pedras Negras, San Vicente do Mar, O Grove...

Cada puerto ofrece una pausa, una inmersión en el alma atlántica de Galicia. En Muros y Noia, el viajero encuentra el eco medieval de ciudades que, hechas de granito y salitre, han resistido al tiempo conservando intacta su esencia marinera.

Un mundo en equilibrio: naturaleza, historia y leyenda

Pero el viaje no es solo una sucesión de fondeos; es una experiencia sensorial, un diálogo con la inmensidad del océano.



© Otros Destinos

ISLA CIES PLAYA DE RODAS

La ría se abre como un espejo líquido en el que se reflejan las ciudades de Cangas, Moaña y otros pueblos costeros que saludan al navegante. Las Islas Atlánticas de Galicia—Cíes, Ons, Sálvora, Cortegada—forman un archipiélago de tal pureza que ha sido declarado Patrimonio Natural.

Islas de dioses, islas de hombres: travesía por los paraísos atlánticos

El camino que conduce por la ría ofrece algo más que un simple desplazamiento: es una experiencia marítima que regala vistas memorables. Pero son las siluetas de las **Islas Atlánticas de Galicia** las que, poco a poco, se adueñan del horizonte y del asombro.

Frente a la costa se alza el **archipiélago de las Cíes**, formado por tres islas principales — **San Martiño, Faro y Monteagudo**—, a las que se suman las también fascinantes **Ons, Sálvora y Cortegada**. Todas ellas conforman el **Parque Nacional Marítimo-Terrestre das Illas Atlánticas de Galicia**, una de las joyas naturales más preciadas del litoral gallego.

Este conjunto de islas ha sido celebrado desde antiguo. Ya los romanos, cautivados por la belleza salvaje de sus playas y acantilados, las bautizaron como las “**islas de los dioses**”. Una designación que no parece exagerada cuando uno contempla la **Playa de Rodas**, con su arena blanca como sal y sus aguas de un azul turquesa que desafía toda descripción.



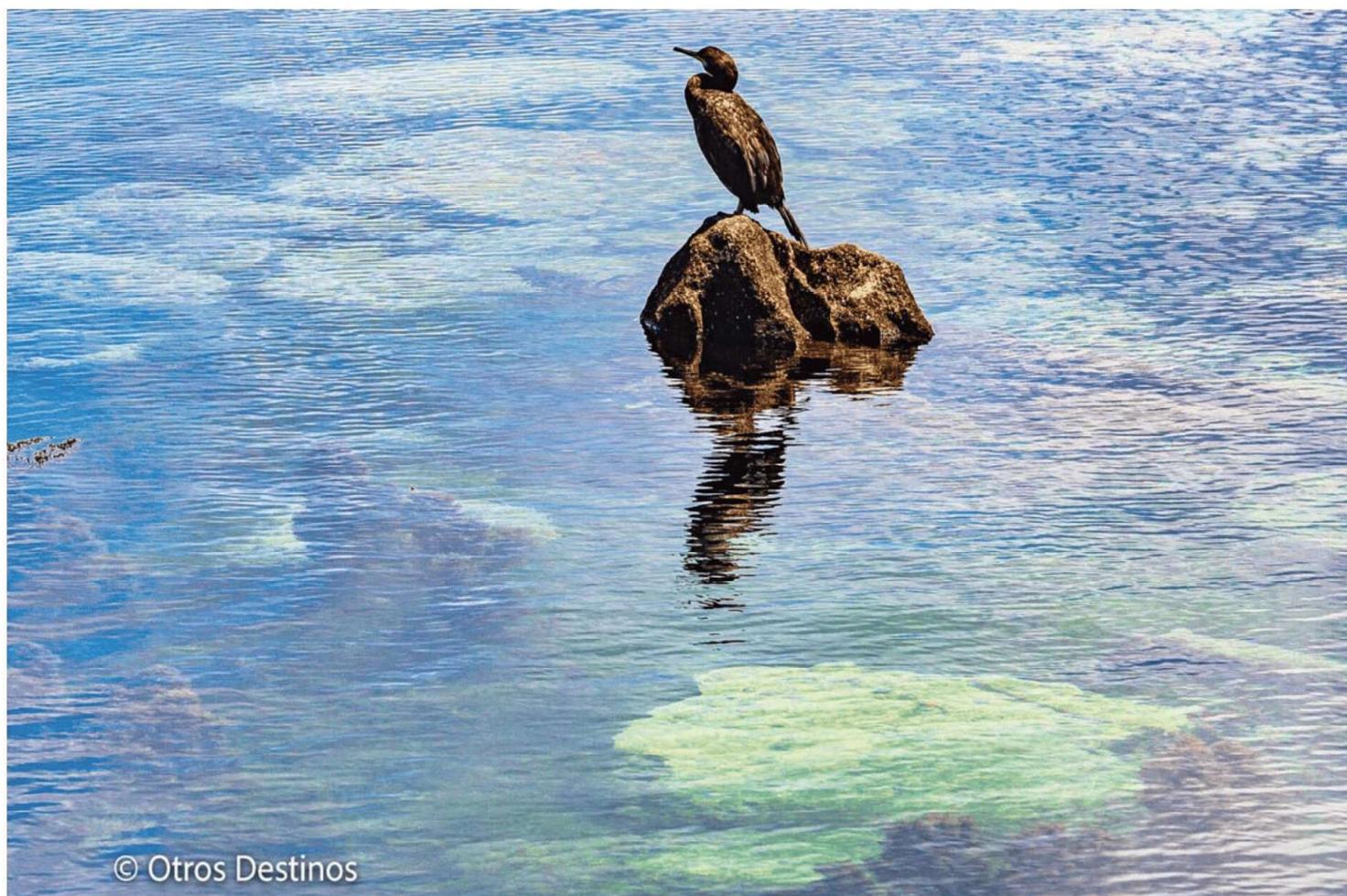
ISLAS CIES- LAGUNA DOS NENOS

No en vano, esta playa ha sido proclamada como una de las más bellas del mundo. Junto a ella, la **Laguna dos Nenos** añade un toque singular al paisaje: un espejo de agua que nace del juego de mareas entre las islas, formando un rincón de quietud en medio del oleaje atlántico.

La riqueza del entorno no se limita a lo visual. En las aguas que rodean las islas, **delfines** saltan junto a las embarcaciones, y en ciertas épocas del año es posible avistar **ballenas**, o incluso sorprenderse con la aparición fugaz de una **foca** entre las olas. Bajo la superficie, se despliega uno de los ecosistemas marinos más diversos del Atlántico: **bogavantes, centollas, pulpos, percebes, mejillones, erizos de mar, lenguados, rodaballos**, y una tupida vegetación submarina dan vida a este espacio. La **circulación**

constante del agua salada, en combinación con los aportes de agua dulce que llegan desde tierra firme, crea un caldo fértil para microorganismos que sostienen toda una cadena trófica de extraordinaria complejidad.

En tierra firme, la **Isla de Faro** —también llamada *la isla del medio*— se ha unido con **Monteagudo**, la isla norte, gracias a la acumulación natural de arena que ha ido sellando la separación entre ambas. Es precisamente en esta zona donde se extiende la Playa de Rodas y donde se forma la laguna. Un **punto de piedra** conecta las dos islas, guiando al visitante hasta el corazón del archipiélago: allí se encuentra el **camping de las Cíes** y el **Centro de Interpretación de la Naturaleza**, que ofrece claves para comprender el valor ambiental y geológico de este enclave.



ISLAS CIES-CORMORÁN MOÑUDO

Cuando sube la marea, el agua penetra suavemente desde la cara oeste del archipiélago, queda retenida por la playa y se acumula entre las rocas y la arena, formando la laguna. Observar este fenómeno natural, ver cómo las olas atraviesan rendijas minúsculas y se transforman en remansos interiores, es asistir a una coreografía sutil entre tierra y mar.

Y sobre las rocas de Faro, entre los líquenes y las gaviotas, sobrevive el **cormorán moñudo**, especie amenazada que ha hecho de estas islas su último refugio. Comparte el espacio con más de **22.000 gaviotas patiamarillas**, auténticas soberanas del archipiélago, cuya presencia sonora y visual termina de recordarnos que, en estas islas, el hombre no es el centro, sino apenas un huésped fugaz.





Pedras Negras

Tierra firme: De Muros a Noia

Entre faros, pueblos marineros y atardeceres dorados

La transición hacia tierra firme comienza en San Vicente do Mar, donde los peregrinos pueden descansar en el velero o pernoctar en alojamientos junto a la ría. Desde aquí, el sendero continúa por el corazón de O Grove. El camino de Pedras Negras guía al caminante entre rocas modeladas por el viento y el salitre, en un paisaje que parece esculpido por la misma naturaleza para la contemplación.

Al amanecer, el cielo se tiñe de un azul sereno. Pero es al atardecer cuando el Camino Marítimo revela su rostro más sublime: el sol, deslizándose lentamente hacia el horizonte, tiñe de fuego el cielo y se oculta tras la silueta de la Isla de Sálvo-

ra. Es un instante suspendido, un paréntesis de eternidad. Un momento para detenerse, respirar profundo y dejarse envolver por la grandeza del viaje.

Muros y su memoria marinera

Tras zarpar desde San Vicente do Mar, la ruta nos lleva hasta la majestuosa Bahía de San Francisco, con el imponente Monte Louro como faro natural, hasta alcanzar Muros.

La llegada al puerto de Muros despierta una admiración que rivaliza con los paisajes ya recorridos. Esta villa gallega, de arraigada tradición marinera, respira mar desde el siglo X. A lo largo de los siglos, su vida ha latido al ritmo de la pesca y el marisqueo, actividades que forjaron no solo su economía, sino también su identidad colectiva.



Monte Louro

De la salazón al motor náutico

Durante el siglo XIX, un nuevo capítulo marcó su destino: empresarios catalanes se instalaron en la aldea y fundaron más de treinta fábricas de salazón, especializándose en sardinas y arenques. Aquella floreciente industria transformó el puerto en un hervidero de vida, y el salitre se convirtió en moneda cotidiana. Hoy, aunque el esplendor de aquella época ha menguado, el sector pesquero sigue siendo una columna vertebral de la economía local.

Pero el puerto de Muros es mucho más que un lugar de faena. Su carácter mariner convive con una dimensión náutica y turística: veleros y yates recalán en sus aguas, atraídos por la belleza de la ría y la serenidad del entorno.

Piratas, peregrinos y murallas

Muros también fue punto de entrada para los peregrinos del mar que se dirigían a Santiago de Compostela. Pero no todos los visitantes llegaban con propósitos espirituales: normandos y corsarios musulmanes pusieron sus ojos en este enclave estratégico. Como respuesta, en el siglo XVI, el arzobispado mandó construir una muralla defensiva, cuyos vestigios aún se adivinan en la piel de sus calles y plazas.

Ante tal amenaza, el arzobispado mandó erigir, en el siglo XVI, una muralla defensiva. Sus restos aún serpentean entre calles y plazas, como cicatrices nobles que recuerdan los días en que Muros tuvo que alzar piedra contra el miedo.



MUROS

Calles con alma

Caminar por Muros es adentrarse en una ciudad donde las calles cuentan historias. Con nombres tan evocadores como **Calle del Sufrimiento, de la Amargura, de la Esperanza o de la Soledad**, la toponimia local parece brotar de un libro de espiritualidad popular.

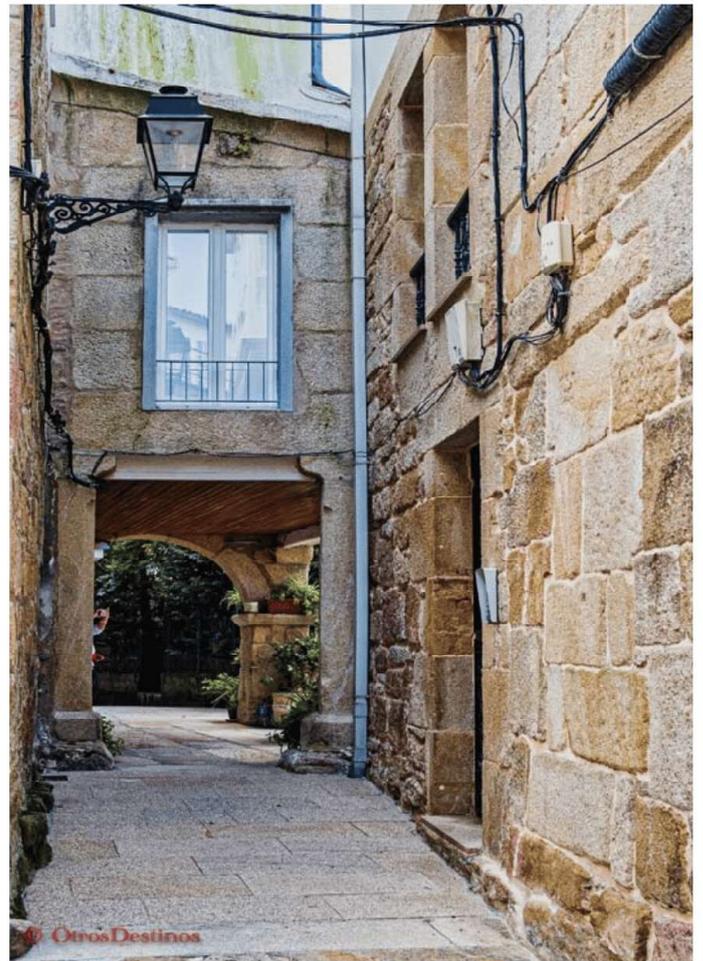
Las viviendas marineras de uno o dos pisos, con balcones y soportales, completan el cuadro. Allí, los hombres reparaban redes, mientras las mujeres salaban pescado bajo techos de piedra que aún resguardan recuerdos. Este legado fue reconocido oficialmente en 1970, cuando el casco histórico fue declarado **Conjunto Histórico-Artístico**. Aquí conviven palacios góticos con humildes casas de pescadores y

templos religiosos de gran relevancia, como la antigua colegiata o la ermita de la Virgen del Camino.

Plazas con memoria

En el corazón de Muros, la **Praza do Concello**, también conocida como *Curro da Praza*, fue antaño escenario de *touradas* —corridas de toros populares—, hoy evocadas en la memoria colectiva.

Muy cerca, la **Plaza de la Pescadería Vieja**, donde se distribuía el pescado, mantiene su fuente del lagarto como símbolo. Hoy, el espacio se ha transformado en zona de terrazas y bodegas, ideal para disfrutar de la **cocina gallega**, con el mar en el paladar y la historia a flor de piedra.

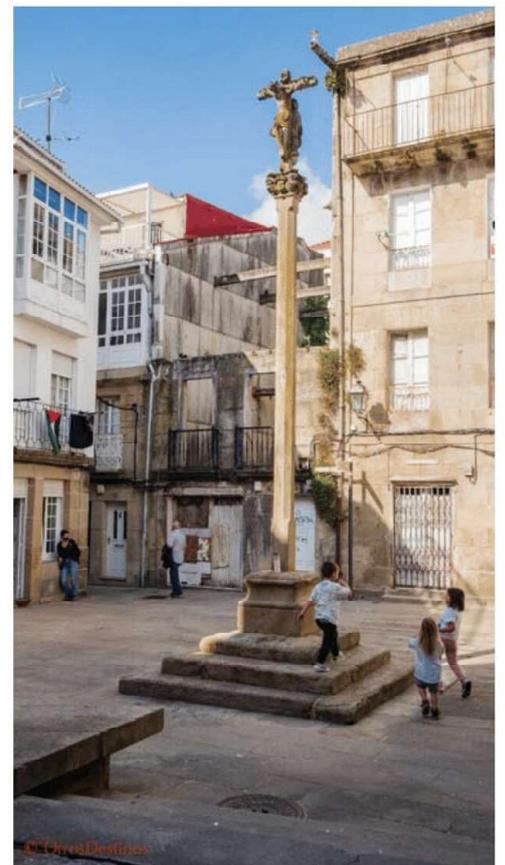


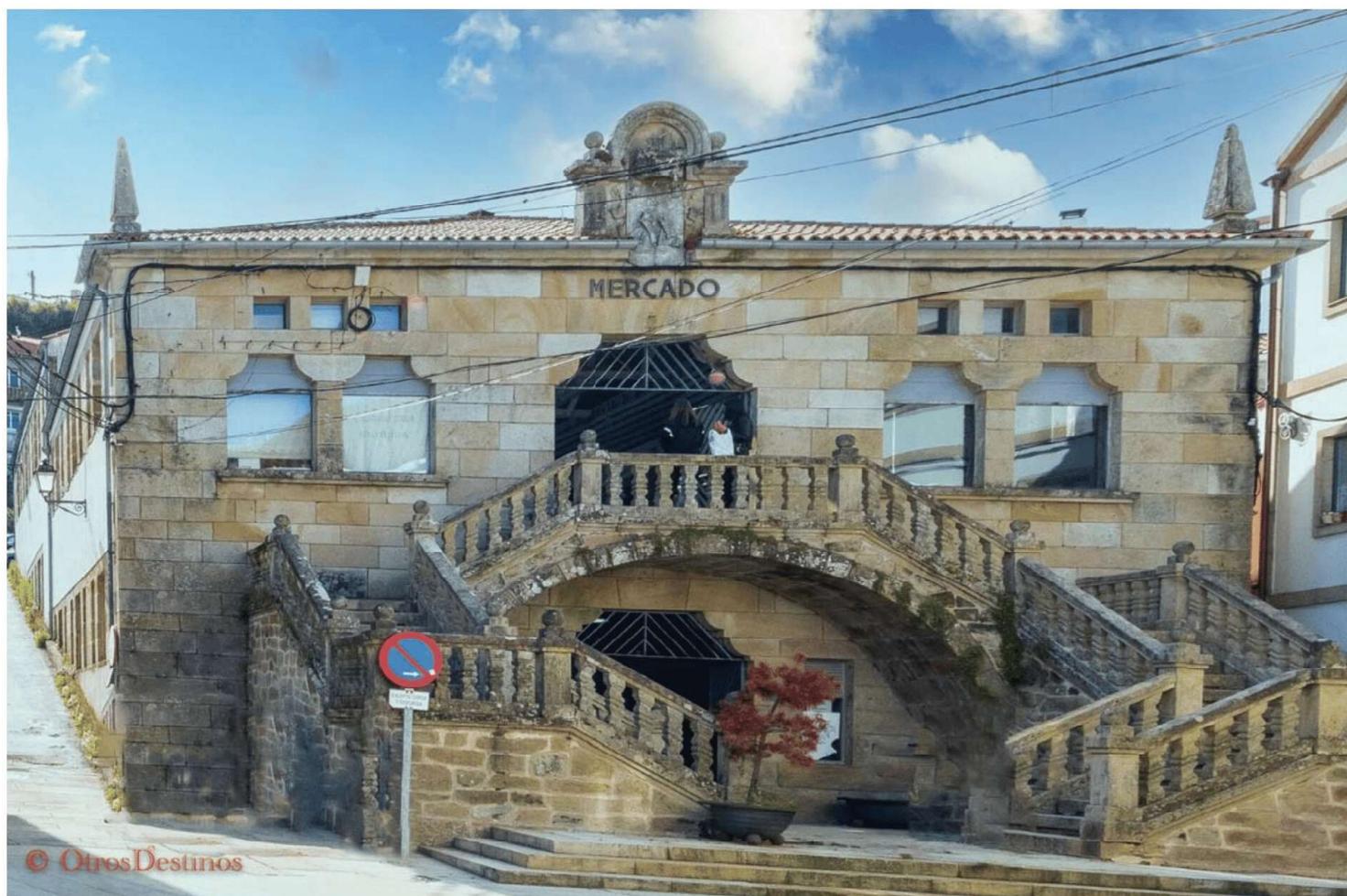
CALLES DE MUROS

Los cruceiros: piedra y fe

Galicia no se entiende sin sus cruceiros, y Muros los conserva como joyas del paisaje espiritual. Se estima que hay más de 10.000 en toda la región. En Muros no faltan: se levantan frente a iglesias, en encrucijadas y plazas. Uno de los más notables es el cruceiro del siglo XVIII en la Plaza del Cristo —antigua Plaza de la Leña—, cuya cruz cilíndrica se adorna con motivos de espinas y cabezas de ángeles. En una cara, la figura del Redentor; en la otra, la Virgen de los Dolores. Todo ello sobre un pedestal coronado por un capitel que eleva la piedra a lo sagrado.

La función de estos cruceiros es tan variada como las creencias de quienes los alzaron: exvotos en memoria de los difuntos, penitencias públicas por pecados pasados o faros espirituales para los peregrinos, que encontraban en ellos consuelo y protección frente a los peligros del Camino, que hasta finales del siglo XX no dejó de ser una empresa incierta.





MERCADO DE MUROS

El mercado: alma de piedra

Otro rincón cargado de historia es la **Plaza de la Pescadería Vieja**, donde antaño se distribuía el pescado y hoy se disfruta la buena mesa. La fuente del lagarto, con inscripciones en números romanos, sobrevive como testigo de aquel ajetreo diario. Hoy, la plaza se ha transformado en un lugar de ocio donde el aroma del mar se mezcla con el vino gallego, las tapas y las voces bajo los soportales.

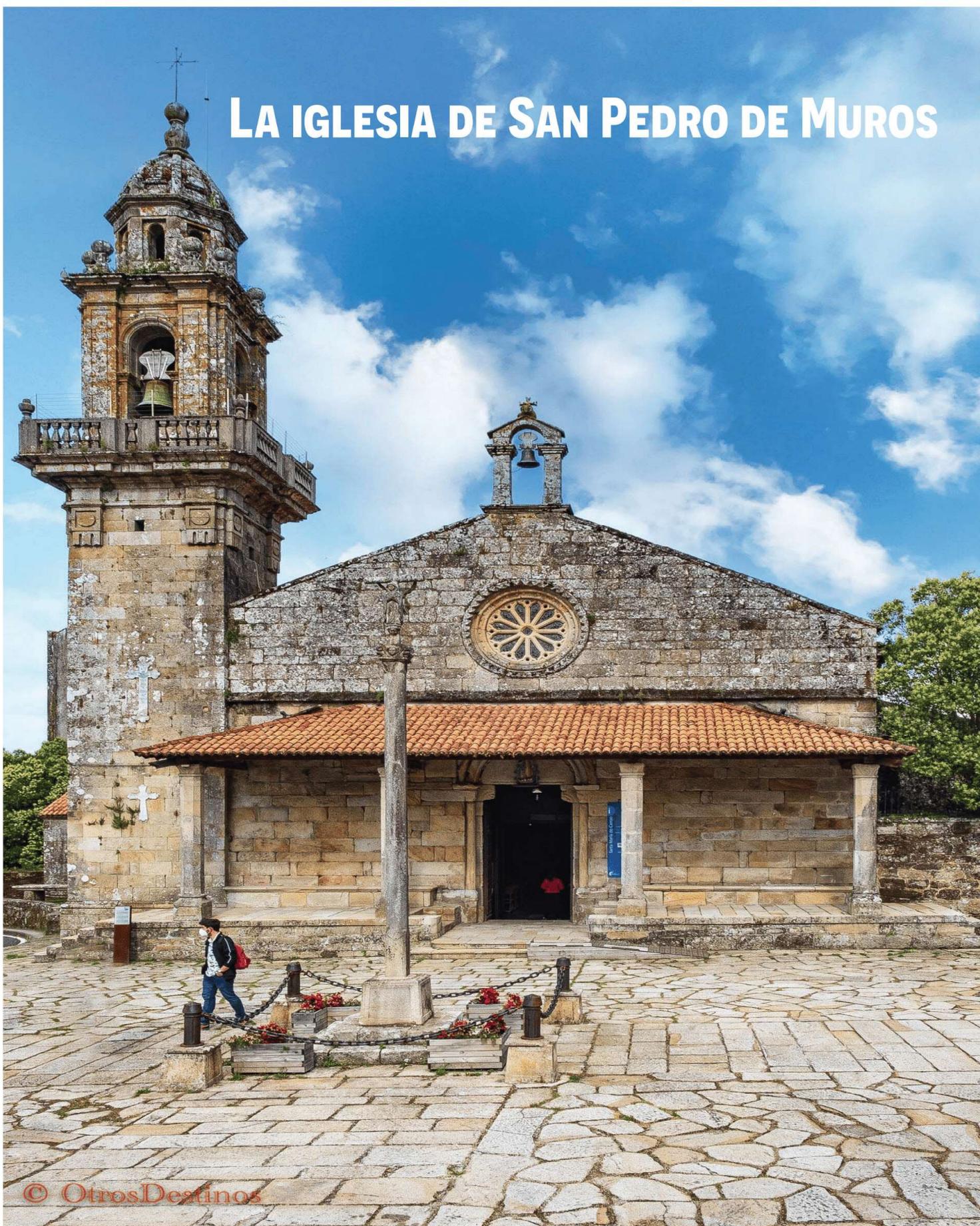
Finalmente, la **Plaza del Mercado** —antigua Plaza Mayor— alberga un edificio de cantería que impone respeto: el mercado de abastos, con su doble escalinata, resume la elegancia sobria de la arquitectura funcional gallega.

Muros no solo mira al mar. Lo respira. Lo honra. Lo vive.

Aquí, entre piedra, sal y devoción, el pasado no se ha ido: simplemente sigue navegando..



LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE MUROS



Muros es una villa marcada por el mar y por la historia. En ella, cada rincón remite a una época, a un oficio, a una forma de vida que ha sabido conservarse. La iglesia de San Pedro, situada en el núcleo histórico de la localidad, es uno de los ejemplos más elocuentes de esa continuidad entre pasado y presente.



INTERIOR IGLESIA DE SAN PEDRO

El origen del templo se remonta al siglo XII, cuando se construyó una primera iglesia de estilo románico. De aquel edificio primitivo solo se conserva la portada principal, sencilla pero reveladora del lenguaje arquitectónico de la época. En el siglo XVI, gracias al patrocinio de los Reyes Católicos y la aprobación del papado, el templo fue elevado a la categoría de **colegiata**, reforzando así su posición dentro de la jerarquía eclesiástica gallega.

La iglesia actual responde, en su mayor parte, al llamado **gótico mariñeiro**, una variante regional del gótico adaptada a las localidades costeras. Se trata de una arquitectura funcional, concebida para resistir el clima atlántico y emplear los materiales

disponibles en la zona, pero que no por ello renuncia a la elegancia de líneas y proporciones.

A lo largo del tiempo, sin embargo, el edificio fue incorporando elementos de otros estilos. La **torre** y el **pórtico**, añadidos en el siglo XVII por el gremio de marineros, muestran un claro influjo barroco. Esta intervención no solo supuso una transformación estética, sino también un reflejo del peso social de los oficios ligados al mar en la vida urbana de Muros.

El interior del templo se articula en una única nave de gran amplitud, definida por arcos apuntados que conducen la mirada hacia el altar. La sobriedad de la estructura contrasta con uno de los elementos más llamativos del conjunto: su **pila de agua**



PILA AGUA BENDITA

bendita, en la que se representa una serpiente tallada en espiral. Esta imagen, cargada de simbolismo cristiano, alude al mal que es purificado mediante el agua sagrada, recordando al fiel —o al visitante atento— el sentido espiritual del rito.

La iglesia de San Pedro es mucho más que un edificio de culto. Es un testimonio de la evolución arquitectónica de la villa, de su entramado gremial, de sus relaciones de poder y devoción. Comprender su historia permite acercarse, desde la piedra, al corazón de una comunidad que durante siglos ha mirado al mar, pero también hacia dentro.





El Molino de Mareas de Pozo Cachón

A escasa distancia del casco histórico de Muros, el **Molino de Mareas de Pozo Cachón** se presenta como una pieza clave para entender la relación de la villa con su entorno natural y con los sistemas tradicionales de aprovechamiento energético.

Su origen se remonta al primer tercio del siglo XIX, aunque este tipo de infraestructura hidráulica tiene precedentes medievales en diversas regiones de Europa, especialmente en países atlánticos como Irlanda, los Países Bajos o el norte de Francia. Galicia, por su geografía costera y su régimen de mareas, no fue ajena a esta tecnología.

El molino funciona gracias a un sistema ingenioso: durante la pleamar, el agua del mar se almacena en una gran presa. Al bajar la marea, esa agua retenida

se libera poco a poco y, al ser canalizada, pone en movimiento las ruedas que accionan las muelas. Así se lograba la molienda de cereales, fundamentalmente maíz, en una época en la que la autosuficiencia alimentaria era esencial para la economía local.

Este molino, que llegó a ser uno de los mayores de Europa en su categoría, fue también testigo de las transformaciones sociales y sanitarias del siglo XX. Durante una etapa de su historia, el edificio fue reconvertido en los **Baños de Santa Rita**, un establecimiento dedicado al tratamiento de enfermedades reumáticas mediante el uso de agua marina y algas. Este uso terapéutico, tan ligado al conocimiento popular del medio, añade otra capa de significado a la estructura.



El Molino de Mareas de Pozo Cachón

Con el paso del tiempo, y tras diversos cambios de propiedad y uso, el molino cayó en desuso hasta que fue restaurado por el Ayuntamiento de Muros. Hoy alberga el **Centro de Interpretación da Ruta dos Muíños da Costa da Mor-te**, un espacio museográfico que explica el papel crucial que estas construcciones tuvieron en la vida económica y social de la región.

El edificio se divide en dos partes diferenciadas: la zona del molino propiamente dicha, que permite entender su funcionamiento mediante maquetas y elementos originales, y el antiguo almacén y casa de baños, reconvertido en sala de exposiciones. El recorrido ofrece una experiencia que combina historia, técnica y paisaje.

El Molino de Pozo Cachón no es solo una curiosidad patrimonial. Es, ante todo, un testimonio del ingenio popular y de la manera en que las comunidades supieron convivir con la naturaleza, no para dominarla, sino para aprovechar sus ritmos. Conocer este lugar es comprender cómo la marea no solo marca las horas del mar, sino también las del trabajo y la memoria.





De Muros a Portosín: última travesía por la ría

La última travesía marítima nos conduce desde **Muros hasta Portosín**, surcando las aguas tranquilas de la **Ría de Muros e Noia**, uno de los estuarios mejor conservados de Galicia. Este trayecto, que cierra el recorrido por la costa, permite al viajero observar no solo la belleza del litoral, sino también la transformación silenciosa del paisaje a lo largo del tiempo.

En medio de la ría, aparece **A Creba**, una pequeña isla cuya silueta emerge como un punto discreto pero lleno de historia. Aunque hoy se presenta como un paraje verde y apacible, la isla ha pasado por distintas etapas. En **1966**, fue adquirida como propiedad privada y desde entonces ha sido objeto de un proceso sostenido de repoblación forestal y cuidado del entorno.

Cuando fue comprada, A Creba no era más que un montículo rocoso, cubierto de matorrales

dispersos y sin mayor interés paisajístico. Con el paso de los años, sin embargo, fue transformándose mediante la plantación de **pinos** y otras especies autóctonas que, poco a poco, fueron consolidando un ecosistema más estable. Desde el mar, la imagen actual de la isla sorprende: una **casa solitaria** se alza entre la arboleda, rodeada de un cinturón vegetal que suaviza el perfil de la roca y le da al conjunto un aire casi cinematográfico.

Más allá de su valor estético, A Creba es un ejemplo de cómo la intervención humana, cuando es respetuosa con el entorno, puede contribuir a la recuperación del paisaje. En el transcurso de esta última navegación, la isla aparece como un epílogo silencioso, una presencia discreta que cierra la ruta con una nota de equilibrio entre naturaleza, memoria y contemplación.



Rumbo a Noia.

Tras un reparador descanso en Portosín, seguimos la senda hacia Santiago de Compostela. Pero el viaje, si ha de ser pleno, debe detenerse antes en uno de esos lugares que no solo se visitan: se viven. **La villa de Noia** —antigua, noble, marinera— se alza como una de esas paradas que dejan huella. Su silueta se anuncia con la **imponente Iglesia de San Martiño, la serena Iglesia-Museo de Santa María A Nova y el majestuoso Convento de San Francisco**, tres joyas arquitectónicas que condensan siglos de historia, espiritualidad y arte. Pero Noia no se entrega de golpe: se revela paso a paso, piedra a piedra, sombra a sombra.

Basta adentrarse en su casco antiguo para comprender que aquí el tiempo no ha pasado: ha sedimentado. Las callejuelas de piedra —

estrechas, irregulares, llenas de esquinas caprichosas— son como venas que recorren el corazón de la villa. Cada rincón cuenta algo. No hay escenarios fingidos ni postales prefabricadas: hay memoria, hay latido, hay verdad en cada fachada que se asoma con discreción.

Pasear por sus calles es caminar entre secretos. Un balcón enrejado desde el que alguien aún mira, una fuente casi escondida, un escudo tallado que conserva la dignidad de un linaje antiguo. En muchas casas se siente el peso de la historia; en otras, la sencillez marinera que tejó, con sal y madera, la identidad de Noia. A veces, entre tejados, asoma el mar —ese compañero fiel que aparece sin ser llamado—, y una sombra de iglesia se proyecta sobre el suelo al caer la tarde, como si también la arquitectura tuviese su hora de descanso.



Centro de Noia

Los soportales, esos corredores de piedra que protegen del sol y del chubasco, guardan ecos de tratos sellados, promesas hechas al oído, historias contadas al abrigo del tiempo. Son las costillas que resguardan el alma de la villa. Noia, cuando se camina con calma, no se muestra: se confía. Y entonces, uno entiende que no está haciendo turismo, sino participando de un secreto compartido.

Y como en toda población que se respeta, no puede decirse que uno la ha conocido sin pasar por su mercado. Porque el mercado es más que un lugar: es un gesto colectivo, un ritual cotidiano con alma antigua. Es allí donde la vida se vende y se compra, sí, pero también se escucha, se palpa, se respira.

En Noia, el mercado es la mesa tendida de Galicia. Entre muros que huelen a piedra y a memoria, bajo tejados que han oído generaciones, se cruzan voces, refranes, manos curtidas que ofrecen lo mejor que da la tierra y el mar. Hay algo profundamente ceremonial en la forma de elegir el mejor marisco, en palpar una cebolla, en la charla lenta con el pescadero que conoce las mareas como si fueran su infancia.

La plaza del mercado, abierta en el corazón mismo de la villa, tiene un pulso propio, un ritmo que desafía al reloj. Aquí no hay prisa: hay liturgia. Galicia presume —y con razón— de lo que ofrece: grelos de la aldea, pan que cruje como ramas secas, miel que parece luz líquida embotellada, quesos que aún huelen a corteza.



Mercado de Noia

Y ese mar, que cada día trae su ofrenda: centollas, sardinas, navajas, berberechos.

Aunque existe un edificio moderno que alberga parte del mercado, el alma está fuera, en los soportales, en las esquinas, en las conversaciones que se alargan sin reloj. No es raro que una compra termine en una tapa de pulpo improvisada, con una copa de albariño que nadie pidió, pero todos celebran. Porque en Noia, el mercado no es solo abastecimiento: es comunidad, es cultura viva. Es historia que se sigue escribiendo cada mañana entre cestas y cuchicheos.

Y uno se va —si se va— con tomates en la bolsa, sí, pero también con una receta de la abuela, una anécdota de puerto, un sabor que no sabía que recordaba. Porque visitar Noia es eso: dejarse tocar por lo que permanece, por lo que habla sin gritar, por lo que solo se revela a quien se detiene.





Iglesia de San Martiño



El enigma de San Martiño: arquitectura, leyenda y tragedia en el corazón de Noia

Noia, con su imponente Iglesia de San Martiño presidiendo la Plaza de O Tapal —aunque muchos aún la llaman por su nombre antiguo, Plaza de Taral—, corazón palpitante del casco histórico.

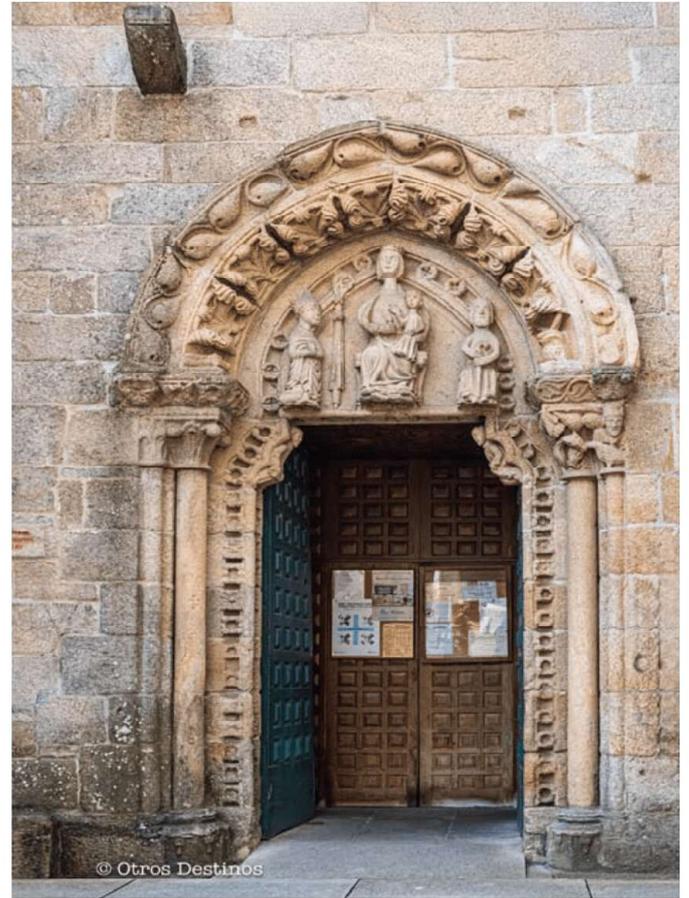
Esta plaza, viva y acogedora, se abre al visitante como un salón gallego al aire libre. A sus lados, terrazas de bares y restaurantes bullen con el murmullo de conversaciones, mientras en el centro se alza, sereno y antiguo, un **cruceiro**: esa cruz de piedra que en Galicia es símbolo de devoción y arraigo.

Pero es la iglesia la que se roba la escena, con su silueta de fortaleza espiritual. **San Martiño de Noia** fue consagrada en 1434, en pleno Año Santo Compostelano, como recuerda con discreción el dintel de su puerta principal. Su arquitectura, poderosa y sobria, responde al gótico mariñeiro, ese estilo nacido a orillas del Atlántico

que funde la verticalidad celeste con la firmeza del granito.

Se levanta sobre el solar donde antaño hubo una ermita dedicada a la Virgen María. Hoy, su fachada recuerda a una ciudadela. Dos torres la flanquean, unidas por un camino de ronda, como si vigilaran tanto a los fieles como a los siglos. La portada principal evoca al majestuoso Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago: en su tímpano, el escudo de Castilla y León se ve rodeado por las armas del Arzobispo Lope de Mendoza, el gran impulsor de su construcción.

Sin embargo, **una de las torres permanece incompleta**, y esa ausencia ha engendrado una leyenda que aún late en las voces populares. Cuentan que **todo aquel que intente culminar la torre inconclusa sufrirá un destino trágico**, como el maestro cantero que, según la tradición oral, murió al atreverse a desafiar el presagio.



Iglesia de San Martiño

Una superstición, quizás. Pero en 1973, el mito pareció adquirir carne y hueso cuando la tragedia golpeó durante el rodaje de la inquietante película *La campana del infierno*. Para el filme, se erigió una réplica en cartón piedra de la torre ausente, con el fin de mostrar ambas completas. En una escena final, el director **Claudio Guerín** subió a lo alto para ajustar una cámara... y cayó al vacío. Murió al instante, al pie de la iglesia. Desde entonces, una cruz roja pintada en el empedrado marca el lugar de la caída, como un susurro eterno de advertencia.

¿Casualidad o cumplimiento de la profecía? Lo cierto es que esa historia, mezcla de leyenda y tragedia real, ha envuelto a la iglesia en una atmósfera de misterio que realza aún más su aura sagrada y su valor patrimonial.

La riqueza escultórica de San Martiño refuerza su singularidad. Su portada, custodiada por tres archi-

voltas sostenidas por columnas decoradas, muestra un bestiario en piedra donde seres humanos y criaturas fantásticas coexisten con motivos vegetales. A la izquierda del arco exterior, la Virgen María embarazada; a la derecha, el Arcángel Gabriel. Entre ambos, una anunciación detenida en el tiempo.

En lo alto, un Cristo majestuoso preside rodeado por los **doce ancianos del Apocalipsis**, cada uno con un instrumento musical, dibujando una rueda celestial de sonidos dormidos. El gran rosetón central, flanqueado por **cuatro ángeles con trompetas** orientados a los puntos cardinales, completa la escena apocalíptica: el Juicio Final se insinúa en cada rincón.

San Martiño de Noia no es solo un templo. Es una historia esculpida en granito, un misterio abierto al cielo gallego, una leyenda que se resiste a morir. Y para el viajero atento, es una puerta que conecta el presente con lo eterno.



El Convento de San Francisco: la quietud de la piedra y el susurro del claustro

En el corazón de Noia, ligeramente apartado del bullicio de la plaza, el Convento de San Francisco respira en silencio. No necesita imponerse: es de esos lugares que no gritan su historia, la susurran. Y quien sabe escuchar, entiende que tras sus muros habita parte del alma de la villa.

Fundado en el siglo XVI por los franciscanos, ha resistido el tiempo con sobria elegancia. Su fachada, de líneas limpias, da paso a uno de los claustros más serenos de Galicia. Cruzar su umbral es bajar el volumen del mundo: el ruido se disuelve, el aire se espesa, el paso se vuelve lento.

El claustro, con arcos de medio punto y columnas dóricas, invita a la contemplación. No hace falta fe para sentir una espiritualidad que trasciende credos. Basta con observar la luz entre

las arcadas, el musgo tenaz, los ecos que parecen pasos de antiguos frailes.

En la iglesia, el retablo barroco es un estallido contenido de devoción. Las tallas franciscanas observan, testigos de siglos de oraciones, despedidas y consuelo. Todo eso ha quedado en sus muros, como una huella invisible.

Pero no es solo pasado: hoy acoge exposiciones, conciertos, actos culturales. Su patio es escenario, su historia se entrelaza con la vida actual. No es solo reliquia, es un espacio que se reinventa sin perder su esencia.

Visitar el Convento de San Francisco es también una pausa interior. Porque hay lugares que invitan a mirar hacia adentro, y Noia —con sus piedras sabias y su mar cercano— tiene varios de ellos.



Santa María A Nova: el silencio tallado de Noia

Noia guarda sus secretos en piedra, y uno de los más sorprendentes late en el corazón de su casco histórico: la **Iglesia de Santa María A Nova**, una joya del gótico mariñeiro que se alza con sobria elegancia y reverente historia. Hoy transformada en museo, este templo custodia el conjunto de lápidas gremiales más destacado de Europa: **más de quinientas sepulturas** datadas entre los siglos XIV y XIX, esculpidas con un detalle que aún susurra los oficios y vidas que alguna vez animaron esta villa marinera.

El templo recibe su nombre —*A Nova*— porque fue erigido en 1327 sobre los restos de una iglesia románica anterior, tal como reza una inscripción en gallego antiguo grabada sobre el dintel de la puerta. Aunque predomina el estilo gótico mariner, la iglesia exhibe una rica fusión de lenguajes arquitectónicos: bajo el rosetón gótico, el **pórtico neoclásico de 1817** se impone con sobriedad, y en su tímpano aparece representada la escena de la **Adoración de los Reyes Magos**. Allí, los sabios de Oriente —quizás los primeros peregrinos de la tradición cristiana— se arrodillan a la derecha de la Virgen y el Niño, en gesto de ofrenda y devoción.

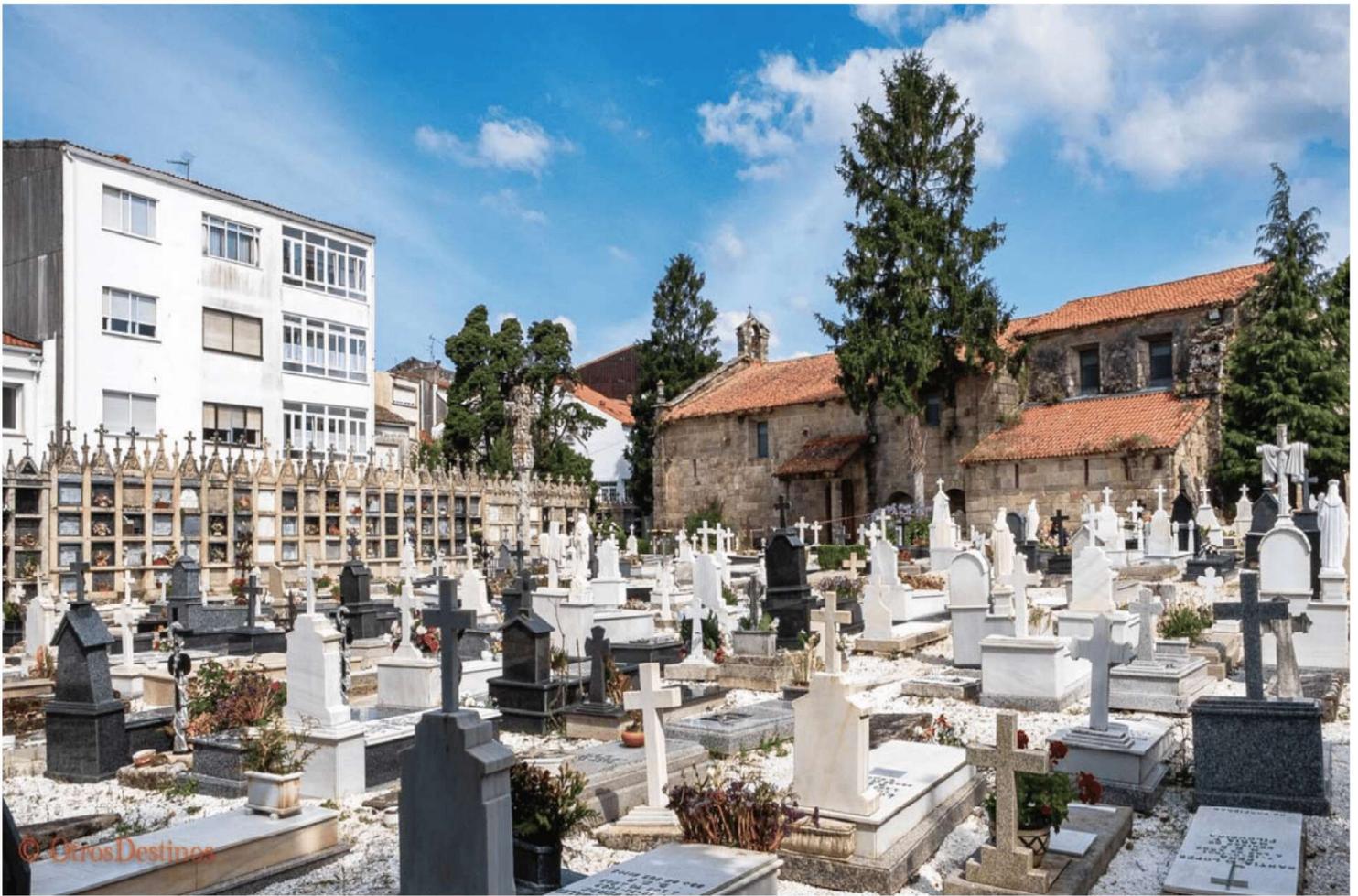


Pero es en el interior donde Santa María A Nova despliega su singularidad más profunda. Las lápidas funerarias, dispuestas con cuidado reverente, no solo rinden homenaje a los muertos: **narran sus oficios, sus linajes, sus mundos**. Talladas con herramientas, símbolos, escudos y figuras, nos revelan la vida de los gremios medievales: un par de zapatos para el zapatero, martillos para el herrero, y otras marcas que eran a la vez identidad y memoria.

Entre todas, **una lápida destaca por su misterio persistente**: conocida como *la lápida del peregrino*, representa a una figura vestida con túnica

larga, decorada con conchas de vieira. Durante años se creyó que pertenecía a un caminante del Camino de Santiago, pero los indicios apuntan a otra historia: el personaje porta un libro y herramientas, lo que sugiere que fue, más bien, un artesano —probablemente un carpintero—, vinculado a uno de los muchos gremios que sostenían la economía y la fe de la villa.

Cerca del altar, la **pila bautismal del siglo XV** muestra a una figura de frente que sostiene una cruz. En su columna, la escena se vuelve simbólica: la Virgen con el Niño sobre una serpiente, metáfora visual del triunfo sobre el pecado.



Frente a ella, un sarcófago algo más mundano pero igualmente valioso: el de **Ioan de Estivadas**, tabernero del siglo XIV, trasladado desde su lugar original en la Iglesia de San Martiño. Su descanso eterno, como el de tantos otros, se ha vuelto parte del relato pétreo de Noia.

El antiguo **cementerio** se extiende detrás de la iglesia, donde las lápidas se apilan o se igualan al nivel del suelo, como si el tiempo hubiese querido integrarlas al paisaje. En este recinto, de un estado de conservación excepcional, se encuentran dos **cruceiros** —esas cruces de piedra que marcan lo sagrado en la tierra gallega—. Uno de ellos es singular en toda Galicia: está coronado por un **baldaquino**, caso único junto con el de la Trinidad en Baiona. Data del siglo XVI y parece velar sobre el camposanto como un guardián que observa sin juzgar.

Durante siglos, el cementerio no fue solo un lugar de duelo, sino también de **celebración comunal**. En días festivos, las familias se reunían para comer entre las tumbas, incluso sobre ellas, en una convivencia entre vivos y muertos que más que irreverente, era íntima y natural. Este gesto ancestral guarda ecos del **Día de los Muertos** de México, donde la muerte no se teme, sino que se honra con flores, comida y música. Una tradición que, en Noia, también se tejía con el hilo invisible del recuerdo y la certeza de que todos, al final, compartirían el mismo suelo.

Santa María A Nova no es solo un museo. Es un canto a la memoria del trabajo, al arraigo familiar y a la convivencia con lo trascendente. Es, como todo en Noia, una historia escrita en piedra, abierta al visitante que sepa leer entre las líneas del tiempo.



El Puente del Tambre: donde el río guarda la memoria

Hay salidas que no son despedidas, sino pequeños rituales. Y dejar Noia por el Puente del Tambre es uno de esos actos silenciosos donde la historia se nos cuela por los ojos sin pedir permiso. A pocos kilómetros del corazón de la villa, el río Tambre se tiende como un espejo tranquilo y, sobre él, descansa el Puente Alfonso —o Ponte Nafonso, como lo nombra la tierra—, una joya de piedra que ha envejecido con dignidad durante más de doce siglos.

Este puente no solo une los concejos de Outes y Noia: une tiempos, caminos, formas de vivir. Fue, durante siglos, la vía natural para viajeros, comerciantes, peregrinos... y también para los sueños humildes de quienes cruzaban con las alforjas vacías y regresaban con el zurrón lleno de historias.

Con sus 4,5 metros de anchura y arcos irregulares, el puente medieval no es una obra de ostentación, sino de perseverancia. No fue pensado para las prisas ni para camiones de carga: fue diseñado

para el paso lento, para el caminar atento, para el mulo y el hombre con tiempo.

Durante años, las mercancías sorteaban el Tambre en barcas de fondo plano. Luego vino el puente nuevo —más ancho, más rápido— y con él, el progreso. Pero el antiguo sigue allí, resistiendo el paso del tiempo, como quien observa en silencio la evolución sin juzgarla.

A su alrededor, la naturaleza habla en voz baja: el estuario del Tambre, parte de la Red Natura 2000, es refugio de biodiversidad y santuario de aves, un pulmón de agua salobre donde río y mar se dan la mano sin estridencias. La construcción del viaducto, aunque necesaria, no estuvo exenta de críticas: en Galicia, la tierra se ama como a una madre, con ternura celosa. Cualquier corte en el paisaje se vive como una herida.

Y sin embargo, ahí siguen ambos puentes. El nuevo, funcional. El antiguo, como un abuelo sabio que ya no corre, pero que recuerda. Caminar sobre él es oír los ecos de cascos, ruedas, voces que preguntan por Compostela. Es mirar el río y entender que no todo fluye: hay cosas que permanecen, porque aún tienen algo que contar.



San Xusto: El Monasterio donde el tiempo se detuvo

A solo un kilómetro de Noia, oculto entre colinas y abrazado por el murmullo incesante del río San Xusto, **yace el Monasterio de San Xusto de Toxosoutos**, un vestigio del pasado que **resiste al olvido**. Accesible únicamente a través de una empinada escalinata que desciende desde la carretera, **su ubicación parece diseñada para el recogimiento**, envuelta en un halo de misterio que el paso de los siglos no ha logrado disipar.

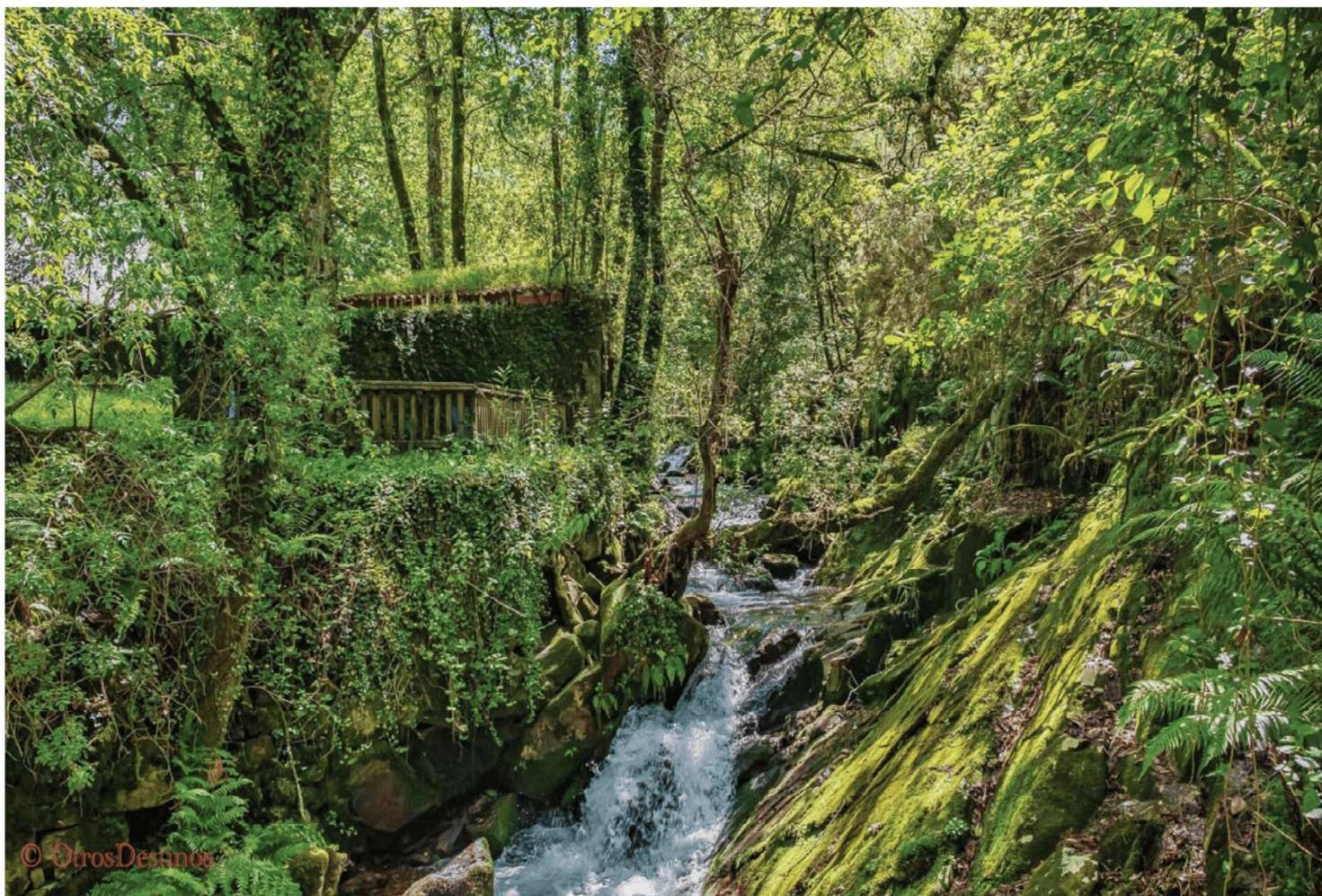
Fundado en el siglo XII, su historia comienza con **dos caballeros, Froylán Alonso y Pedro Muñiz de Carnota**, quienes, **cansados de la guerra**, decidieron cambiar la espada por el hábito benedictino. Así nació Toxosoutos, **como un refugio de fe y cultura**.

El monasterio creció, acumuló tierras y riquezas, y **se convirtió en uno de los más poderosos de Galicia**. Con el auge llegaron las ambiciones ajenas: **nobles y eclesiásticos comenzaron a codiciar sus posesiones**.

El declive comenzó en el siglo XIV. En 1504, perdió su independencia y pasó a depender del Monasterio de Sobrado dos Monxes. **La vida monástica comenzó a apagarse**.

En el siglo XIX, **las tropas napoleónicas saquearon sus últimos vestigios de grandeza**. Luego, en 1835, **la desamortización de Mendizábal sentenció su destino**: sus bienes fueron expropiados y **sus muros abandonados a la intemperie**.

La naturaleza, paciente y perseverante, reclamó lo que una vez fue suyo.



Hoy, el **Monasterio de San Xusto** es apenas la sombra de su antigua grandeza. Sin embargo, su espíritu aún perdura, incrustado en cada piedra cubierta de musgo, susurrado por el murmullo constante del agua que serpentea junto a sus ruinas. **Es un testigo silente de aquella época en que la fe y el poder marchaban de la mano**, un rincón suspendido en el tiempo donde la historia no se lee, sino que se respira. Y el río, ajeno a las voluntades humanas, continúa su curso inmutable, como si nada hubiera cambiado. **Desde San Xusto emprendemos el último tramo hacia Santiago de Compostela.** Hacemos una pausa en **Bertamiráns**, una localidad discreta, pero con vocación de encrucijada, que se ha transformado en punto estratégico para quienes caminan hacia la tumba del Apóstol. Allí, entre calles apacibles y el

bullicio amable de sus restaurantes, encontramos el lugar perfecto para reponer fuerzas con una comida que honra los sabores tradicionales de Galicia.

Ya solo **nos separan once kilómetros** de la meta, y el reloj nos recuerda que debemos llegar antes de las seis de la tarde, hora en que cierra la **Oficina del Peregrino**. Queremos presentar nuestros pasaportes sellados, prueba irrefutable de cada parada, de cada paso, y recibir la **Compostela que certifique el recorrido.**

Ha sido un camino de hondas satisfacciones, y para quienes aman el mar, no hay mejor recomendación: esta ruta permite conjugar la espiritualidad de la peregrinación con el placer de navegar en velero y descubrir, al ritmo del oleaje, las hermosísimas poblaciones que conforman el **Camino del Mar.**





Llegada a Santiago de Compostela

El destino compartido de todos los caminos emprendidos.

Santiago de Compostela. La meta simbólica, espiritual y geográfica de todos los caminos que se inician con un mismo propósito: alcanzar algo más que un punto en el mapa. Llegar hasta aquí es completar una travesía externa e interna, una experiencia que trasciende lo físico.

La Oficina de Atención al Peregrino nos espera como el último rito del viaje. Allí presentamos el pasaporte del peregrino, ese cuaderno sellado etapa tras etapa, convertido en testimonio silencioso de cada jornada, de cada encuentro, de cada paso. Es la prueba tangible de lo recorrido y vivenciado, el umbral que nos separa de la ansiada “Compostela”.

A nuestras espaldas quedan paisajes ondulantes, senderos arropados por robles y castaños, ciudades donde nos alimentamos no solo de su cocina, sino de su historia y su cultura. Quedan también los puentes romanos y medievales, las aldeas dormidas al borde del camino, los silencios compartidos con otros peregrinos que también buscaban algo — aunque no supieran aún qué.

Y llega el momento culminante: la Plaza del Obradoiro se abre ante nosotros como un santuario, majestuosa e imponente. Allí, bajo la mirada de piedra de la catedral, el cansancio se disuelve, y todo cobra sentido. El viajero deja de caminar con los pies para hacerlo con el alma.

Así se cumple el trayecto. En esta publicación hemos propuesto tres de los muchos caminos que llevan a Santiago de Compostela, pero cada uno termina de la misma manera: con la certeza de que el final es, en realidad, otro comienzo.

Porque lo verdaderamente esencial no es solo llegar. Es haber vivido cada etapa, recordado cada piedra, cada puente, cada ciudad atravesada. La auténtica gloria del Camino no está en la meta, sino en todo lo aprendido en el recorrido. Porque quien camina hacia Santiago no solo busca un destino, sino una verdad que habita en su interior.

EXTREMADURA EXTRAORDINARIA



© Otros Destinos

EXTREMADURA: riqueza cultural, paisajes únicos,
gastronomía excepcional, historia vibrante, naturaleza
deslumbrante y turismo sostenible.
DESCUBRE UN DESTINO INOLVIDABLE.

turismoextremadura.com

 turismoextremadura.com*